

De Heródoto a Tucídides

DOMINGO PLÁCIDO

El primer impulso para la realización del presente trabajo partió de la lectura de un libro cuya divulgación sobrepasa con mucho el círculo de especialistas de la Historia de la Antigüedad¹, donde Heródoto y Tucídides aparecen sometidos a juicios comparativos y el autor se inclina a favor del primero por su «universalidad» y por su mayor proximidad para «quienes pensamos que la historia no puede reducirse al relato de los hechos de gobierno y de guerra de las clases dominantes». Tucídides queda definido como «contemporáneo de Ranke» y modelo, o más bien coartada, de la historiografía académica. Por lo que tiene de recepción de una corriente entre los especialistas y por su capacidad divulgativa parecía interesante intentar someter estos juicios historiográficos a una crítica histórica. Sin duda, todo texto puede ser objeto de valoración en sí y en cada momento, pero ésta puede completarse si se tienen en cuenta las condiciones en que aquél nació, sobre todo si se trata de un texto histórico, dadas las complejas relaciones existentes siempre entre «el historiador y la historia»². Por ello se organizó el curso de doctorado 1984-85 con el tema «Heródoto o Tucídides: historia de una controversia» y se constató que la tendencia general entre los estudiantes iba por el mismo camino³.

En gran medida, esta actitud parte de una reivindicación contraria a la tradicional valoración superior de Tucídides: el vitalismo de Heródoto frente

¹ J. Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 19-20.

² Para una valoración diferente de Tucídides, cf. G.E.M. de Ste.-Croix, *Class Struggle in the Ancient Greek World*, Londres, Duckworth, 1981, p. 27.

³ Tengo la satisfacción de mencionar aquí a los alumnos participantes en dicho curso: Isabel Calzas, Julia García, Olga Garzo, César Palma, Tomás Paredes, Esther Pascual, Germán Prieto, Ana M.^a Rodríguez, que colaboraron con entusiasmo y constantemente plantearon sugerencias que han hecho posible el presente trabajo.

al carácter unilateral de aquél⁴. La postura contraria tiene una historia muy larga. Desde el propio Tucídides se detecta una actitud crítica hacia el predecesor de Halicarnaso⁵, cuando, en I, 22, 4, habla del carácter poco grato para el auditorio de lo no mítico (τὸ μὴ μυθῶδες); frente a esto, él escribe para quienes quieren ver claro y sacar provecho para el futuro gracias a que pone de manifiesto las similitudes «según lo humano» (κατὰ τὸ ἀνθρώπινον). Por eso lo considera una «posesión para siempre» (κτῆμα ἐς αἰεὶ) y no un *agónisma* para escuchar en el momento. Con ello Tucídides inaugura una política de la memoria que relega a Heródoto a la calidad de mitólogo⁶. Los acontecimientos de la época precipitan la evolución intelectual. A la novedad de Heródoto se superpone otra novedad. Con Tucídides el interés se centra en la historia política y contemporánea y, al afirmar los presupuestos para ella, determinó el veredicto de la antigüedad sobre su predecesor⁷, que ni era exclusivamente político ni contemporáneo. La fama de *mythologos* se generalizó. Aristóteles lo cita en dos ocasiones en *de generatione animalium*, 736a10 y 756b5, para poner de manifiesto la falsedad de algunas afirmaciones de carácter biológico. Ello dentro de una concepción de la historia en que ésta se limita a lo particular, a lo que Alcibiades hizo o padeció (*Poét.*, 1451b11: τί Ἀλκιβιάδης ἔπραξεν ἢ τί ἔπαθεν).

Cicerón, *de legibus*, I, 1, 5, hace una distinción teórica entre historia y poesía: *quippe cum in illa ad veritatem, Quinte, in hoc ad delectationem, pleraque;* pero inmediatamente se ve obligado a hacer una precisión: *quamquam et apud Herodotum patrem historiae et apud Theopompum sunt innumerabiles fabulae.* Entre la teoría y la práctica Cicerón cae en una contradicción con respecto a Heródoto: la de que siendo el padre de la historia, ciencia dedicada a la verdad, haya en él numerosas fábulas, es decir, sea un mentiroso⁸. De un lado, ya se ha creado la tradición de que la historia nace con Heródoto, pero de otro también se ha formado su imagen como mitólogo. Ello coincide con la visión de la historia propia de Cicerón: según Quinto (I, 3, 8), lo que a él le gusta es la historia *aetatis suae*. También para Diodoro, I, 69, 7, Heródoto y algunos otros de los que escribieron sobre Egipto actuaron a la ligera (ἔσκεδιάκασιν), y prefería a la verdad τὸ παραδοξολογεῖν καὶ μύθους πλάττειν ψυχαγωγίας ἔνεκα, aunque en I, 37, 2-3, parece hacer una distinción entre Heródoto, ...πολλῆς ἱστορίας ἐμπειρος..., y Helánico, Cadmo, Hecateo, que se inclinaron εἰς τὰς μυθῶδεις ἀποφάσεις... Dionisio de Halicarnaso elogia el hecho de que Heródoto no eligiera escribir la historia de una sola *polis* o un solo *ethnos*, sino sobre muchos temas

⁴ Cf., L. Canfora, «Storici e società ateniese», *RIL*, 107, 1973, 1136-73, luego en *Erodoto, Tucídide, Senofonte*, a cura di..., Milán, Mursia, 1975, pp. 5-38; cf. p. 35.

⁵ Cf. F. R. Adrados, «Introducción», en *Heródoto. Historia I-II*, Madrid, Gredos, 1977 (reimpr. 1984), p. 62.

⁶ M. Detienne, *La invención de la mitología*, Barcelona, Península, 1985, p. 75.

⁷ A. Momigliano, «The Place of Herodotus in the History of Historiography», *History*, 43, 1958, 1-13, *Studies in Historiography*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1966, 127-142; cf. pp. 130-131.

⁸ *Id.*, p. 127.

diferentes de Europa y Asia a lo largo de doscientos veinte años (*Tuc.*, 5). De Tucídides, en cambio, al margen de las críticas a su oscuridad⁹, se destaca la «inconsecuencia» de las palabras atribuidas a los atenienses en el diálogo con los melios: son más propias de reyes bárbaros que de los atenienses que liberaron a los griegos de los persas (39). En la época de Dionisio no se comprende la complejidad del pensamiento histórico de Tucídides. La argumentación basada en la fuerza es impropia de los griegos (40). Tucídides no encaja en la concepción de la Grecia clásica propia del aticismo de Dionisio. La misma complejidad es objeto de crítica en los discursos, sobre todo cuando se trata el problema de la esclavización, como en el de Hermócrates (48=*Tuc.*, II, 76, 4). Sus características sólo son comparables a Demóstenes, que las introdujo menos en los discursos privados, y más frecuentemente *ἐπι τῶν δημοσίων ἀγώνων* (53). El modo de expresión de la democracia ateniense es incomprensible también para la mentalidad de Dionisio. En *Carta a Gn. Pompeyo*, 3, Dionisio se define claramente favorable a Heródoto frente a Tucídides por la elección del tema. Tampoco es propio de un griego o un ateniense comenzar por la decadencia o atribuir las causas de la guerra a la propia ciudad. Quintiliano por su parte no hace distinciones: ambos, Heródoto y Tucídides, son los preferibles (*I.O.*, X, 1, 73), pero entre ellos se marca una diferencia significativa: *ille contionibus, hic sermonibus*. En lo que sobresale Tucídides es en el discurso político.

Pero, sin duda, quien más ha colaborado al desprestigio de Heródoto fue Plutarco, que creó el prejuicio que influyó en la crítica histórica alemana¹⁰, tanto tiempo dominante. Heródoto, según Plutarco, *de Herodoti malignitate*, 4=855D, omite todo lo bueno de los griegos, ataca a los Alcmeónidas (16=858C), y desprestigia al dios de Delfos (V, 63) al referirse al soborno de éstos (23=860D); tanto los lacedemonios como los atenienses son objeto de su malicia (17=858C), y si alguna vez alaba a Atenas, es sólo para hablar mal de los demás griegos (29=864AB); odia a los tebanos (31=864D) y considera la batalla de Artemisio como resultado del soborno (34=867C). Para Plutarco (35=868A) ni siquiera debía haber atacado tanto a los griegos que colaboraron con los persas, habida cuenta de su origen de Halicarnaso. En definitiva, precisamente por su agradable estilo y porque cuenta «como un aedo cuenta un mito», hay que estar prevenidos ante sus opiniones absurdas y falsas sobre los hombres y ciudades mejores y más grandes de Grecia (43=874BC). De nuevo, la idealización de la polis clásica y sus habitantes, así como su patriotismo tebano, influyen en el juicio historiográfico de un autor griego de época imperial, y lo lleva a considerar filobarbarismo y falta de patriotismo lo que no es más que un cierto universalismo, más propio desde luego de su época que de la de Plutarco, impregnado de todos modos de alteridad¹¹. De Tucídides en cambio Plutarco alaba la viveza en la

⁹ Cf., por ejemplo, *Tuc.*, 24; *Lisias*, 4.

¹⁰ Adrados, *cit.*, p. 59.

¹¹ Cf. *infra* n. 46; F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. Paris, Gallimard, 1980, p. 376.

descripción de las batallas (*de gloria Atheniensium*, 3=347AG)¹². Luciano elogia sobre todo en Heródoto el aspecto formal (*Heródoto*, 1) y destaca el hecho de que lo consideraran «el cantor de nuestras victorias» (2). Contrariamente a la opinión de Plutarco, para Luciano (*Historia*, 41), el historiador debe ser apátrida (*ápolis*) y no tener en cuenta el auditorio presente (40), como Tucídides, que hablaba sin miedo de Cleón y de la propia Atenas, y no ocultaba las derrotas propias (38). En cambio Heródoto contaba las victorias propias y las derrotas bárbaras (54). Curiosamente, Plutarco y Luciano ven en Heródoto los defectos opuestos. La polémica antigua es ya significativa de la complejidad de las interpretaciones de ambos historiadores, condicionadas en cada caso por motivos variados, pero reflejo también del carácter de la historiografía del siglo V y de la época en que creció.

* * *

En cierto modo, se puede considerar que Tucídides es un continuador de Heródoto; a partir de I, 89, inicia su narración con la conquista de Sesto, que era donde éste terminaba (IX, 114, ss.)¹³. Aparte de la continuidad cronológica, puede considerarse un punto de inflexión importante en la historia de la época.

A Heródoto le interesa el enfrentamiento entre países libres y no libres y las individualidades¹⁴. Ambos factores, con todo, se encuentran entrelazados. Cresos, Polícrates, Jerjes, desempeñan como tales un papel protagonista. Pero son, en cierto modo, significativos de la realidad del mundo retratado y vivido¹⁵. La historia de Cresos, por ejemplo, da significado a toda la historiografía herodotea¹⁶. Con él se crean las condiciones del dominio persa

¹² Cf. S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza, 1974 (4.ª ed.), I, p. 181.

¹³ L. Canfora, «Il 'ciclo' storico», *Belfagor*, 26, 1971, p. 662; «Tucidide erodoteo», *QdS*, 16, 1982, p. 83; J. L. Myres, *Herodotus, Father of History*, Oxford University Press, 1953 (repr. 1968), p. 18.

¹⁴ Ádrados, *cit.*, p. 35.

¹⁵ J. Hart, *Herodotus and Greek History*, Londres, Croom Helm, 1982 (repr. 1983), pp. 28-29.

¹⁶ H.-P. Stahl, «Learning through suffering? Croesus' conversations in the History of Herodotus», *YCS*, 24, 1975, p. 3 *et passim*; cf. pp. 33, 36. En el diálogo de Solón y Cresos está presente el tema de la inestabilidad de la felicidad humana: cf. W. Fornara, *Herodotus. An Interpretative Essay*, Oxford, Clarendon Press, 1971, p. 77, que J. W. Roberts, *City of Sokrates. An Introduction to Classical Athens*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1984, p. 38, explica como resultado de la incertidumbre del *status* en una sociedad esclavista, al interpretar las palabras de Solón en I, 86. La historia de Cresos como parte de la «grandeza y caída de las monarquías orientales», en Ch. Segal, «Croesus on the Pyre: Herodotus and Bacchylides», *Wiener St.*, 84, 1971, p. 39. Para la importancia de la *metabolé* en el pensamiento de Heródoto, cf. P. Hohti, *The Interrelation of Speech and Action in the Histories of Herodotus*, Helsinki, Helsingfors, Societas Scientiarum Fennica, 1976, pp. 20; 25; 97. En general, Heródoto emplea personajes para expresar sus juicios: K. H. Waters, «The Purpose of Dramatisation in Herodotus», *Historia*, 15, 1966, p. 169; sobre la causación y motivación en la guerra y en la política, cf. p. 171.

en Jonia¹⁷ y se inicia el proceso de expansión imperialista¹⁸. Ello no impide que haya responsabilidad y que Creso reconozca su falta como falta de conocimiento¹⁹. También el imperialismo de Darío parece analizarse como la consecuencia de un proceso anterior por parte de sus propias víctimas, en IV, 118-119²⁰. Según esto, todo el libro I tendría sentido como explicación de las causas de las guerras médicas²¹: por un lado, los medios y las condiciones por los que los persas pasaron a poseer el control de Asia²², por otro, la lucha por la libertad y la eliminación de la esclavitud (I, 95). Todo el proceso consistiría en la lucha de los hombres entre ser libres o esclavos²³. Para Fornara²⁴, el tema central de los libros VII-IX es la búsqueda de la libertad por unos estados desunidos amenazados por un poder imperial; lo que interesa a Heródoto, por tanto, es la cuestión general del imperialismo. Es, pues, la guerra médica un conflicto entre libres y esclavos²⁵. Pero la división no es tajante entre griegos y bárbaros. Dentro de los mismos persas hay un proceso de liberación²⁶, y entre los jonios está también el problema de sus posibilidades de escapar a la esclavitud por medio de la huida²⁷, y los comentarios de Heródoto (III, 143) sobre los samios, que no deseaban ser libres²⁸. Son interesantes las reflexiones de los escitas (IV, 3) sobre la

¹⁷ Hart, p. 73.

¹⁸ *Id.*, p. 74. Sobre el expansionismo como la motivación más evidente en Heródoto, cf. H. R. Immerwahr, «Aspects of Historical Causation in Herodotus», *TAPhS*, 87, 1956, p. 253; p. 256 (Creso); 258 (Persia).

¹⁹ R. Crahay, «La bouche de la vérité», en J. P. Vernant, *Divination et rationalité*, París, Seuil, 1974, pp. 201-219; cf. p. 216. *Aitia* tiene una connotación moral para J. A. S. Evans, «Despotes nomos», *Athenaeum*, 53, 1965, p. 152 (frente a *nomos* como motivo de la acción y causación histórica, pp. 149, ss.). El cumplimiento de oráculos y la justicia cíclica no impiden que el hombre sea responsable de sus decisiones: en I, 46 y 71 se muestra que no hay discrepancia real entre ambas perspectivas (Hart, pp. 73-74). Cf. Hohti, pp. 27-29; J. L. Myres, *OCD*², p. 509. En Heródoto caben varias respuestas a cada cuestión: D. M. Pippidi, «Sur la philosophie de l'Histoire d'Hérodote», *Eirene*, I, 1960, p. 79.

²⁰ Hohti, p. 39.

²¹ Fornara, p. 18.

²² *Id.*, p. 26.

²³ *Id.*, p. 78.

²⁴ *Id.*, p. 87. Sólo el libro II quedaría al margen, y ello se refleja en la forma: no hay causas, ni moral, ni discursos; sólo reproducción de lo que vio y oyó para instruir y entretener (p. 21), pero el resto de las monografías sirve para ver el papel de la expansión persa con que se unifica todo lo demás (p. 33); y al tratar el papel de los griegos en la expansión persa se convierte en historiador de los griegos (p. 37) y los libros VII-IX adquieren su propia independencia (p. 38). Por ello puede decirse con Hartog, p. 319, que no hay diferencia entre historiador y etnógrafo: Heródoto elabora para los griegos tanto la representación del pasado próximo como la representación del mundo.

²⁵ A. Momigliano, «El tiempo en la historiografía antigua», en *La historiografía griega*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 66-93; cf. p. 78 (*History and Theory*, 6, 1966, 1-23).

²⁶ Hohti, p. 19, ve en I, 124-126 el planteamiento de la antítesis libertad/esclavitud entre los persas. Ciro hizo a los persas libres en vez de esclavos: I, 210; cf. H. C. Avery, «Herodotus' Picture of Cyrus», *AJPh*, 93, 1972, p. 531; y ello los llevó a la prosperidad (p. 532), pero luego les vino el deseo incontrolable de dominar a otros (p. 539).

²⁷ Hohti, p. 20, analiza así I, 170.

²⁸ *Id.*, p. 36. No se trata de que Heródoto sea o no antijónico (G. Maddoli, «Erodoto e i Ioni. Per l'interpretazione di I, 143», *PdP*, 187, 1979, 256-266). La situación es más compleja: atacaron a los griegos involuntariamente (VIII, 10), pero Temístocles los acusa de contribuir a la esclavización de Grecia (VIII, 22). Para Heródoto, no se comportaron como libres (VI, 142); cf. Mazzarino, I, 147. Al final (IX, 104) se separaron por segunda vez de los persas.

conveniencia de conservar a los esclavos y no matarlos en la guerra²⁹, y en cambio, en IV, 126-27, la necesidad de elección entre lucha o esclavitud³⁰. Es cierto que entre los persas la esclavitud se produce internamente, y el rey actúa con sus súbditos como un señor con sus esclavos³¹, pero también que se señala una similitud entre reyes espartanos y bárbaros³². De ahí nace una cierta ambigüedad ante el poder personal. Si por un lado Hohti³³ ve en I, 97, una definición del propio Heródoto ante la monarquía como algo deseable, sinónimo de ley y orden, origen y causa del concepto de sociedad, de otro aparece el peligro de la tiranía³⁴, cuya importancia se ve reflejada en las consideraciones de V, 91-93³⁵. La postura de Heródoto ante la monarquía persa se define así como una mezcla de admiración por la administración, el sistema de comunicaciones, etc., contrabalanceada por la brutalidad y la carencia de libertad y ley³⁶. En los bárbaros aparecen por ello varios caracteres diferenciadores. Heródoto parece sorprenderse, por lo menos en dos ocasiones (IX, 11 y 55), de que los lacedemonios llamen *ξείνους* a los bárbaros. Ultrajar un cadáver es más propio de bárbaros que de griegos (IX, 79); los persas resultan inferiores, no en fuerza y valor, pero sí en *episteme* y *sophia* (IX, 62); los soldados bárbaros dependen totalmente de su jefe y caen con él (IX, 63). Pero son motivaciones históricas, no naturales. El éxito griego no se desprende de su superioridad ideológica y moral; no se trata de la concepción propia de la ideología patriótica que observa el combate secular entre griegos y persas³⁷.

Pero también está sometido a interpretaciones variadas el uso que hace Heródoto del concepto de tiranía. K. H. Waters³⁸ cree que el término es intercambiable con *basileus*, y *moúnarchos* puede sustituir a ambos. En el debate de los tres persas, el triunfo corresponde al régimen de monarquía-tiranía³⁹. Ante ello, ha habido algunas reacciones extremadas, como la de A. Ferril⁴⁰, para quien la terminología está claramente diferenciada: si alguna

²⁹ Hohti, p. 37.

³⁰ *Id.*, p. 39; *cf.* también pp. 46-47; 50; 59.

³¹ Hartog, p. 339.

³² *Id.*, p. 343; *cf.* pp. 160-170, y R. Rtskhaladze, «La spécificité de l'Orient dans les «Histoires» d'Hérodote», *AAntHung*, 22, 1974, p. 489. Hohti, pp. 71-72.

³³ P. 17.

³⁴ P. 28.

³⁵ P. 44. En cambio, no parece insistir en la diferencia entre oligarquía y democracia: *isonomía* e *isokratía* pueden existir en regímenes en que los derechos civiles los tiene una minoría (V, 78). En V, 92, frente a tiranía se habla de *isokratía*, no de democracia; el peor enemigo de la tiranía es la oligarquía: *cf.* G. Lachenaud, *Mythologies. Religion et philosophie de l'histoire dans Hérodote*, Lille, Université, 1978, pp. 540-541.

³⁶ D. Lateiner, «The Failure of the Ionian Revolt», *Historia*, 31, 1982, p. 156. Según Lachenaud, p. 294, cuando es el poder personal quien consulta el oráculo, no hay que esperar claridad.

³⁷ Lachenaud, p. 394.

³⁸ *Herodotus on Tyrants and Despots. A Study in Objectivity*, Wiesbaden, Steiner (Hist. Einzels. 15), 1971, p. 6.

³⁹ *Id.*, p. 11. Detrás de ello estaría el trasfondo tiránico de la democracia ateniense en la época de Heródoto bajo Pericles: K. H. Waters, «Herodotos and Politics», *G & R*, 19, 1972, p. 139.

⁴⁰ «Herodotus on Tyranny», *Historia*, 2, 1978, 385-398, *passim*.

vez se usa *basileus* para referirse al tirano es precisamente porque interesa ocultar este nombre debido a su desprestigio. En III, 80-82, Otanes y Megabizo usan *týrannos* para definir al monarca y resaltar su *hybris*: para ellos el monarca se hace tirano; en cambio, Darío no lo usa nunca. Hart⁴¹ ve en Heródoto a un partidario de la democracia frente a la tiranía, que estaba ya desacreditada en su tiempo, pero no una postura doctrinaria generalizada, sino juicios concretos en cada caso⁴². Como régimen, en su época era más bien una curiosidad del pasado⁴³: la realidad se movía más bien en las oligarquías moderadas. Más matices tiene la interpretación de Hartog⁴⁴, expuesta al tratar de la realeza de los escitas: es algo propio de bárbaros, frente a la ciudad. Para un griego, se complementa con el concepto de tirano. En III, 80-82, Otanes describe la tiranía y Megabizo identifica la monarquía con la tiranía: ambos hablan el lenguaje de los griegos; en cambio Darío sólo lo hace cuando habla de *stasis*; para él lo mejor es la monarquía, lo que para los griegos es equivalente a tiranía. El problema de los regímenes está sin duda entrelazado con el de las diferencias entre griegos y bárbaros. En efecto, con las guerras médicas se ha configurado la dicotomía entre ambos⁴⁵ y en Heródoto queda reflejada en la constante referencia a la duplicidad ellos-nosotros⁴⁶. Y de otro lado, al proceso histórico del imperialismo se le atribuye también una culpabilidad individualizada: el *despotes*⁴⁷. Todo ello, desde luego, con muchas matizaciones, sobre todo cuando se entrelazan factores, por ejemplo en el caso de Aristágoras y Darío en relación con las ciudades de Jonia: Aristágoras parece tener peor fama que Darío, que promueve las democracias⁴⁸. Pero, de otro lado, según Histieo (IV, 137), sin Darío nadie podría ser tirano en su ciudad; cada una quería «ser democráti-

⁴¹ P. 49.

⁴² P. 65.

⁴³ P. 66.

⁴⁴ Pp. 328-332.

⁴⁵ P. 329. Sobre formas de gobierno en general, cf. M. Giraudeau, *Les notions juridiques et sociales chez Hérodote. Études sur le vocabulaire*, Paris, De Boccard, 1984, pp. 101-111.

⁴⁶ Hartog, I. 376. Sobre el uso de los bárbaros como modelo del proceso histórico, ver V. Hunter, *Past and Process in Herodotus and Thucydides*, Princeton University Press, 1982, p. 219 (*logos* escita); 223 (valor relativo de la cronología en tales casos); 258 (campanías de Escitia y Etiopia como prefiguración de la de Jerjes contra Grecia; pero Hart, p. 120, hace notar que en aquéllas no hay reflexiones sobre *hybris*, etc.: en definitiva, la derrota de Jerjes fue un punto de inflexión real en la historia de Grecia); 307 (interés por la inmutabilidad de la historia egipcia). La alteridad de los escitas se manifiesta, entre otras cosas, en que no tienen esclavos comprados: Hartog, p. 264.

⁴⁷ Hunter, p. 206. Para *aitie* como responsabilidad, cf. H. R. Immerwahr, *Aspects...* pp. 243, ss. y *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, Am. Phil. Ass., 1966, p. 81. El mal no es sólo la guerra, sino la desmesura política y colectiva que representa el imperialismo: Lachenaud, p. 401. El motivo de la venganza, estudiado por J. de Romilly, «La vengeance comme explication historique dans Hérodote», *REG.* 84, 1971, p. 329, está relacionado también con la expansión persa. El imperialismo persa como «causa» en K. H. Waters, «The Structure of Herodotus' Narrative», *Antichthon*, 8, 1974, p. 7; el episodio de Democedes serviría para introducir la política imperialista de Persia (p. 8). Cf. A. E. Wardman, «Herodotus on the cause of the Greco-Persian Wars (Herodotus I, I, 5)», *AJPh*, 82, 1961, p. 136.

⁴⁸ D. Hegyi, «The Historical Background of the Ionian Revolt», *AantHung*, 14, 1966, pp. 299-301.

ca» (δημοκρατέεσθαι). Y en Samos, a los propietarios (τοῖσι τι ἔχουσι) no les agradaba la vuelta del tirano Eaces, al no soportar ser esclavos de los persas y del mismo Eaces (VI, 22). La tiranía, los persas y la esclavización, todo aparece unido, pero desde el punto de vista de los propietarios.

La lucha contra el bárbaro como pueblo esclavo es también una lucha por la propia libertad; el imperialismo es esclavización⁴⁹. Si el centro de la *Historia* de Heródoto está constituido por Persia, es porque allí se revela la significación de la lucha griega por la libertad⁵⁰, pues la esclavización bajo los persas significa también que éstos esclavizan «de verdad» a los griegos (VII, 181). La invasión persa se identifica con la esclavitud⁵¹. Bárbaros y griegos, imperialismo y esclavitud, son todos aspectos de un mismo tema, en un momento en que los griegos se han liberado de los persas, pero también han extendido la esclavitud sobre la base de la diferencia entre ellos y los bárbaros.

Entre los griegos, y dentro de las ciudades, la visión de Heródoto resulta un tanto simplificada. Mazzarino considera que la versión de los problemas de Samos de III, 44-45, representa una interpretación menos problemática e histórica que la de *FGrHist.*, 555F1⁵²: Heródoto no cree que los pescadores expulsaran a Policrates, sino que su final se debió a la intervención persa y al azar del anillo⁵³. También para la fundación de Cirene considera Mazzarino preferible la versión de Meneclis, como producto de la *stasis*, que la de Heródoto, guiada por el esquema délfico⁵⁴. Para Heródoto, la base fundamental de la conflictividad es el problema externo. Las causas profundas están en las reivindicaciones griegas a los persas de Asia⁵⁵. En la política exterior ve la posibilidad de unificación de los intereses, por lo que ataca implacablemente la actuación que responde a intereses privados, de la que es ejemplo la de los demagogos en la democracia⁵⁶. De ahí el tratamiento crítico de figuras como Temístocles⁵⁷. La libertad está conseguida: frente al persa y a los tiranos.

* * *

⁴⁹ Hohti, pp. 52-54, comentario a VII, 8-11.

⁵⁰ Immerwahr, *Form...*, p. 45. Cf. IX, 60.

⁵¹ P. G. Maxwell-Stuart, «Pain, Mutilation and Death in Herodotus VII», *PdP*, 31, 1976, pp. 360-362. Cf. VIII, 100-106.

⁵² I, 98-99. Málaco-Ateneo, VI, 267AB.

⁵³ Pp. 155-156.

⁵⁴ P. 219.

⁵⁵ G. Nenci, «Économie et société chez Hérodote», *Act. IX^e Congrès Ass. G. Budé, 1973*, Paris, Les Belles Lettres, 1975, I, p. 135: los intereses básicos son comerciales, en lo que sigue la tradición periegética (p. 137); se presta atención a las necesidades de cambio (p. 140, 142), pero no a la mano de obra servil (p. 141).

⁵⁶ *Id.*, pp. 139-140.

⁵⁷ Como en el caso de los sobornos en la batalla de Artemisio, increíbles desde el punto de vista de M. B. Wallace, «Herodotus and Euboea», *Phoenix*, 28, 1974, p. 24; se trataría de las finanzas de la liga helénica (p. 29).

Desde los antiguos se consideraba a Tucídides un autor difícil y no accesible a todos⁵⁸. En Dionisio, esta crítica coincidía con la no comprensión del tema elegido: crisis y decadencia de la propia ciudad y de Grecia⁵⁹. Como en Heródoto⁶⁰, también en Tucídides se produce un proceso de inversión, señalado en IV, 12, 3 con la presencia de *tyche* y simbolizado en que los atenienses se hacen continentales y los espartanos marinos. La paradoja de la situación marca un momento importante de la guerra⁶¹. Tal proceso puede verse en general en todo el libro IV, en Esfacteria y en las acciones de Brasidas, señalado en respectivos impactos psicológicos: en 40, 1, la situación era *παρὰ γνώμην* para los griegos, pues consideraban normal que los lacedemonios murieran en combate; en 108, entre los atenienses crece el temor a la *apóstasis* de los aliados, y Brasidas se muestra como el liberador (108, 1-2)⁶², la situación era peligrosa por la tendencia a la revuelta (*ἐς τὸ νεωτερίζειν*), en 108, 3, que deja ver fácilmente el paralelismo con 55, 1: temor de los lacedemonios a la revuelta (*νεωτερόν τι*)⁶³, y también con V, 14, 3: los problemas de los hilotas, en relación con Esfacteria (*νεωτερίσασιν*), habían cortado los planes de los lacedemonios⁶⁴. Se establece, pues, un paralelo entre revuelta de aliados y revuelta de hilotas, que acuden a Brasidas (IV, 80, 1) y a los atenienses respectivamente⁶⁵. La inversión, para Atenas, está provocada por la propia dinámica expansionista⁶⁶. Otro aspecto de la inversión se produce en la concepción ateniense de su imperio. En el discurso de Eufemo, concretamente en VI, 82, 4-83, 1, ve Connor⁶⁷ el paso de los criterios de conveniencia y justicia a los de dominio y sumisión: además de que los jonios nos dañaron al unirse a los medos, nosotros queríamos alcanzar fuerza frente a los peloponesios, todo ello añadido al deseo de

⁵⁸ Dionisio de Halicarnaso, *supra*, p. 10; *Vita de Marcelino*, 35. Cf. Canfora, *Storici...*, pp. 26-27.

⁵⁹ Cf. *supra*, p. 10.

⁶⁰ Cf. *supra*, n. 16.

⁶¹ W. R. Connor, *Thucydides*, Princeton Univ. Press, 1984, p. 111. Desde Pilos, Tucídides sería favorable a la paz: J. de Romilly, *Thucydide et l'impérialisme athénien. La pensée et la genèse de l'oeuvre*, Paris, Les Belles Lettres, 1951 (2.ª ed.), p. 168.

⁶² D. Babut, «Interprétation historique et structure littéraire chez Thucydide: remarques sur la composition du livre IV», *Bull. As. G. Budé*, 40, 1981, p. 419. La unidad del libro IV se ve interrumpida por las querellas intestinas entre ciudades aliadas de Sicilia (p. 427). El interés por la revuelta está claro en todo el *excursus* del libro I (97, 2, ss.; 98, 4; 115, 2-117): cf. P. R. Pouncey, *The Necessities of War. A Study of Thucydides' Pessimism*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1980, p. 66; a pesar de la omisión de las revueltas de las ciudades jónicas de los años cincuenta (cf. E. Lévy, «Les trois traités entre Sparte et le roi», *BCH*, 107, 1983, p. 221). IV, 78-118 como parte del proceso de desintegración de la *arché* ateniense: Hunter, p. 122 (Brasidas sería la fuerza externa que da inicio al proceso: p. 162).

⁶³ Cf. J. de Romilly, *ad l.* (CUF) y p. XIX, n. 1 de la «Notice» (Paris, Les Belles Lettres, 1973, 2.ª ed.)

⁶⁴ Babut, *cit.*, p. 420 y n. 1.

⁶⁵ *Id.*, p. 422.

⁶⁶ D. Babut, «Six Discours de Thucydide au livre IV: caractère et fonction dans l'exposé historique», *Bull. As. G. Budé*, 1982, p. 68.

⁶⁷ Pp. 182-183; también H. R. Rawlings, «Thucydides on the Purpose of the Delian League», *Phoenix*, 31, 1977, 1-8; J. de Romilly, «Le thème du prestige dans l'oeuvre de Thucydide», *AncSoc*, 4, 1973, pp. 55-57.

ayudar a Grecia. La confianza del discurso fúnebre se ha vuelto violencia y represión, en un proceso de cambio gradual⁶⁸. Formalmente, en la descripción de la batalla del puerto de Siracusa, Tucídides insiste en las similitudes que evocan Pilos y Salamina⁶⁹. Ante todo ello, difícilmente puede responderse a las cuestiones sobre la actitud concreta de Tucídides⁷⁰, pues si antes⁷¹ hemos visto a los espartanos como liberadores, los documentos del libro VIII, 18; 37; 58, sirven precisamente para mostrar cómo ellos mismos sacrificaron la libertad de los jonios⁷². Los lacedemonios, al vencer a Atenas, pensaban que tendrían la hegemonía de toda Grecia (VIII, 34); y Agis recogió dinero de los aliados para la flota (3, 1). La enseñanza de la historia está en el cambio, y el principal es la pérdida de la ilusión del control, que puede convertirse en su contrario: estar sometido a control⁷³. La visión de Tucídides es doble: lo exterior, como relaciones entre ciudades, y lo interno, dentro de las mismas⁷⁴. El problema de Esparta está en los hilotas (I, 101)⁷⁵, pero también existen problemas internos por los periecos de Citera (IV, 53,2); en general desde el principio de la guerra se presenta la cuestión interna (II, 2, 2 y 4); y cuando Brasidas interviene en Acanto, donde existen «los de Brasidas» y el *demos* (IV, 84, 2), se preocupa por intentar dejar claro que no va a favorecer a unos o a otros en sus luchas internas (IV, 86, 3). La *arché*

⁶⁸ Connor, p. 184. Sobre la concepción del imperio por los propios atenienses, cf. D. Grene, *Greek Political Theory. The Image of Man in Thucydides and Plato*, Univ. of Chicago Press, 1950, pp. 6, ss.

⁶⁹ Connor, pp. 191 y 197. Para la interpretación de Pilos como punto de enlace entre dos guerras, cf. V. Hunter, «The Composition of Thucydides' History: A New Answer to the Problem», *Historia*, 26, 1977, p. 286; para ella, los libros V y VIII son parte de la revisión llevada a cabo después de la expedición a Sicilia, por ello no hay discursos (p. 294). Cf. también N. G. L. Hammond, «The Particular and the Universal in Thucydides, with special Reference to that of Hermocrates at Gela», en P. A. Stadter (ed.), *The Speeches in Thucydides*, Univ. of North Carolina Press, 1973, pp. 57-58; Tucídides comienza con confianza en Atenas; luego se producen las *peripéteiai*, vg. en Pilos, IV, 12, 3 (cf. *supra*, p. 16), pero conserva la confianza y escribe la guerra arquidámica, hasta que al final hace la revisión cuando ya sólo confía en la oligarquía (VIII, 97, 2): poco a poco muestra menos fe en la razón y más en la fortuna, y prescinde de generalizaciones y discursos. Intento de explicar de otro modo la falta de discursos del libro VIII en W. J. McCoy, «The 'nonspeeches' of Pisander in Thucydides, Book Eight», en Stadter, pp. 78-89.

⁷⁰ Para Connor, p. 237, tales cuestiones responden a una formulación falsa. Por ejemplo, Tucídides no ataca el imperialismo ateniense *per se*: J. R. Grant, «Towards Knowing Thucydides», *Phoenix*, 28, 1974, p. 94. Mazzarino, I, 12.

⁷¹ Cf. *supra* p. 16. Para L. Edmunds, «Thucydides' Ethics as Reflected in the Description of Stasis (3.82-83)», *HSCPh*, 79, 1975, pp. 75, ss., en III, 82, 4-5, la ética positiva es la que corresponde a Esparta y a la tradición, era la ética antes de la *stasis*; y con ésta cambia (p. 92).

⁷² Connor, p. 219. Por lo menos desde III, 33, 2, Tucídides habla del temor a los peloponesios en las ciudades de Jonia. Lévy, *Les trois...*, p. 237, ve en los tratados entre Esparta y el rey un lenguaje engañoso que intenta señalar cierta reciprocidad, cuando la realidad es que los espartanos entregan Jonia al rey. III, 30, como toma de postura de Tucídides con respecto a Esparta: D. Lateiner, «The Speech of Teutiaplus (Thuc. 3.30)», *GRBS*, 16, 1975, 175-184.

⁷³ Connor, p. 247.

⁷⁴ Cf. C. W. Macleod, «Thucydides' Plataean Debate», *GRBS*, 18, 1977, *passim*, y sobre todo pp. 244-245. Los problemas éticos le interesan a Tucídides en las relaciones entre ciudades y entre ciudadanos dentro de la ciudad: Edmunds, *cit.*, p. 73. Cf. G. E. M. de Ste.-Croix, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres, Duckworth, 1972, pp. 16-18. Ver, por ejemplo, el concepto de poder (*arché*) aplicado al tirano o a la ciudad en VI, 85, 1: Grene, p. 31.

⁷⁵ Connor, p. 46; cf. J. Ducat, «Aspects de l'Hilotisme», *AncSoc*, 9, 1978, p. 43.

interna es más difícil de soportar que la externa (IV, 86, 5). Someter unos a otros dentro de la ciudad sería hacer lo mismo que se reprocha a Atenas. La conclusión es que Atenas sí lo hace y por ello le hacen la guerra. La «liberación» de las ciudades griegas viene a ser, por tanto, el tratar de impedir que Atenas, dentro de esas ciudades, apoye a unos frente a otros. Brasidas no va a hacer lo mismo, sino a impedirlo. Pero esto consistiría en impedir que el *demos* dominara, dado que lo difícil en esas ciudades es que lo haga sin apoyo exterior. El apoyo de Atenas es imprescindible para que el *demos*, fuera de Atenas, llegue al poder. Entre otras causas, la intervención peloponésica se apoya en las luchas internas de las ciudades. En Anfípolis, también ha habido traidores en favor de Brasidas (IV, 103, 2; 104, 1). En Torona, los *oligoí* llaman a Brasidas (IV, 110, 1), y la masa (*τὸ πᾶν*) se agitaba (IV, 113, 1). La lucha interna también importa en Sicilia: en Leontinos hay conflictos entre el *demos* y los *dynatoi*, que acuden a Siracusa (V, 4, 2, ss.). También el problema entre Mesina y Locros está entrelazado con la *stasis* de Mesina (V, 5, 1). Igualmente tiene gran importancia la acogida de desertores, lo que se manifiesta en los esclavos fugitivos, pero también en las ciudades aliadas (I, 40, 4-6)⁷⁶. En la misma Atenas está presente el problema interno desde I, 107, 4: cuando los lacedemonios están en Beocia hay atenienses que los llaman ocultamente con la esperanza de derrocar al *demos*; y la ofensiva ateniense se debió, entre otras razones, a la sospecha de la destrucción del *demos* (I, 107, 6). La intervención ateniense en Beocia se mueve sobre un fondo de conflictos en que los exiliados se unen a otros, locrios y eubeos y cuantos eran de la misma *gnome* (I, 113, 1-2) que se coloca por encima de lo que significa la unidad de la ciudad. En las ciudades beocias, pues, también hay partidarios de Atenas (IV, 89, 2; 92, 6). Y más tarde, en la expedición a Sicilia, los atenienses prefieren el uso de la subversión y la coalición al asalto directo⁷⁷. Las luchas entre ciudades están condicionadas por las luchas dentro de las ciudades, y por ello los mismos corintios pueden establecer un paralelo entre lo que ocurre entre ciudades y lo que ocurre entre individuos (I, 124, 1)⁷⁸. Tucídides sabe también (III, 34, 1-2) que en una *stasis* se puede llamar incluso a bárbaros contra los propios

⁷⁶ Cf. el uso de *ἀφιστάνα* y la terminología emparentada. Conflictos internos en las ciudades, cf. Babut, *Six...*, p. 61. A pesar de sus palabras, Brasidas en Mégara ha establecido la oligarquía (IV, 77, 4): cf. Connor, p. 133, que, en pág. 127, pone de relieve los paralelos léxicos entre la acción de Brasidas y el episodio de Pilos. En IV, 81, Tucídides refleja la importancia de Brasidas y las reacciones que inspiraba entre los griegos del norte, pero su real actitud ante la libertad se revela cuando, en IV, 80, 4, los espartanos no liberaron a los hilotas, sino que éstos desaparecieron (Connor, pp. 131-132). Cf. también N. I. Barbu, «De discordiis civilibus apud Thucydidem», *Analele Universitatii Bucuresti*, 17, 1968, 215-220; J. de Romilly, «Les problèmes de politique intérieure dans l'oeuvre de Thucydide», *Historiographia antiqua. Commentationes Lovanienses in honorem W. Peremans...* Lovaina U.P., 1977, pp. 79-88. *Stasis* en relación con todos los problemas históricos en IV, 66-74: Hunter, *Past...*, p. 126.

⁷⁷ W. Liebeschuetz, «Thucydides and the Sicilian Expedition», *Historia*, 17, 1968, p. 293.

⁷⁸ Tucídides emplea los mismos criterios para hombres y ciudades. Cf. H. R. Rawlings, «'Giving desertion as a Pretext': Thuc. 7.13.2», *CPh*, 73, 1978, p. 136: el hombre o la ciudad que se pasan al enemigo se encuentran en una situación parecida.

ciudadanos, y lo mismo ocurre en la lucha entre ciudades, dado que en definitiva la guerra entre ciudades es una forma de *stasis*, porque en el fondo viene a ser un conjunto de *staseis*. En III, 68, 3, se pone de manifiesto la interferencia de la lucha entre los bloques, las alianzas de cada uno de ellos, y la *stasis* interna en cada una de las ciudades de Platea y Mégara. Aquí, los «exiliados» (*στασιασάντων*), que atacan y colaboran de hecho con los atenienses, fueron expulsados por el *plethos* (IV, 66, 1, ss.), y en Beocia hay demócratas colaboradores de Hipócrates y Demóstenes (IV, 79, 2). En Mesenia y Regio hay también problemas internos que afectan a la lucha entre ciudades (IV, 1, 1-3): los mesenios llaman a Siracusa, pero atacan Regio para que no ayuden a los mesenios; también en Regio hay «exiliados»; la *stasis* impide resistir. La *stasis* de Corcira revistió una especial dureza (IV, 46, ss.). La esclavización de ciudades puede llevar consigo la esclavización real, pero también la *stasis* puede ser fuente de esclavitud, como entre los corcirenses (48, 4); y el término *stasis*, en Sicilia (IV, 61, 1-2), se traspone a su vez a la lucha entre ciudades. De ella también se aprovecha Atenas no sólo para la garantía de las alianzas (la *stasis* en Turios, VII, 33, 5, significó la expulsión de los enemigos de Atenas), sino también para la colonización (III, 34,)^{78a}. Según los tebanos (III, 62, 5), los atenienses se hacen con el territorio beocio *κατὰ στάσιν*.

Pero los factores se entremezclan. Los esquemas no son aplicables mecánicamente. A este respecto, son muy interesantes las consideraciones de Tucídides, IV, 108, 4-5, cargadas de ambigüedad, sobre la *apóstasis*, a propósito de la situación de las ciudades calcídicas tras la ocupación de Anfípolis por Brasidas: las actitudes dependían esta vez de las perspectivas de fuerza de cada una de las ciudades hegemónicas. Las interferencias son múltiples. Así, en ocasiones, la *apóstasis* se lleva a cabo por la acción de otros; por ejemplo, fueron los de Quíos los que produjeron la *apóstasis* de Lébedo (VIII, 19, 4) y Clazómenas (14, 3), donde había también culpables: Atenas posteriormente restablece la situación y los castiga (VIII, 23, 6). Se interfiere, pues, la rebelión de Quíos, su intervención en la rebelión de Clazómenas en que hay colaboradores, pero también otros que se van, y regresan con la intervención ateniense, que significa la vuelta de la ciudad a la alianza ateniense.

En ambos bandos, los condicionantes de la paz están en la *apóstasis* de las ciudades o de los hilotas, (V, 14, 3) aunque también de las ciudades del Peloponeso (14, 4). En las negociaciones interviene el problema de la voluntad de los aliados (V, 17, 2). Pero en ocasiones se pone de manifiesto el problema de determinar cuál es esa voluntad cuando la ciudad está dividida. Así, los corintios intentan negociar en Argos al margen del *demos* (V, 27, 2),

^{78a} Cf. H. C. Avery, «Themes in Thucydides' Account of the sicilian Expedition», *Hermes*, 101, 1973, pp. 8, ss. Historia compleja de la colonización, de las relaciones entre colonia y metrópolis, no esquemáticas, como en Heródoto, sino «verdadera», y su convergencia en el discurso de Alcibiades, en VI, 17, 2: ὄχλοι ξέμμηκτοι (Mazzarino, I, 233).

pero los argivos llevaron las propuestas ante el mismo (28, 1). De modo que las bases de la alianza entre Argos y Mantinea están en que en ambas existe el dominio del *demos* (*demokratia*: V, 29, 1), lo que los une frente a los lacedemonios (29, 2: *ἀποστάντων*); en cambio, beocios y megarenses consideran que la *politeia* de los lacedemonios es más adecuada para ellos (*ὀλιγαρχομένοις*) que la democracia de los argivos (31, 6). Cuando los espartanos se dirigen a Argos, declaran que según su conocimiento hay allí quienes les son favorables y quieren derrocar al *demos* (V, 76, 2); luego destruyeron al *demos* y la oligarquía fue favorable a los lacedemonios (81, 2), y después que volvió a ganar el *demos* los lacedemonios hicieron un intento de intervención que resultó fallido (82, 2-3) y el *demos* volvió a la alianza ateniense (82, 5-6). Cuando los lacedemonios emprenden un nuevo ataque a los argivos, éstos sospechaban de algunos de la ciudad (V, 116, 1). En el caso de Melos, Tucídides deja claro (V, 84, 3) que los embajadores atenienses no fueron llevados al *plethos*, sino que tuvieron que hablar *ἐν δὲ ταῖς ἀρχαῖς καὶ τοῖς ὀλίγοις*; también allí había traición que condicionaba su actitud (V, 116, 3). Y en Samos la revuelta del *demos* contra los poderosos se hizo con la ayuda de los atenienses y significó el reparto de tierras y *oikías*, la garantía de la autonomía por parte de los atenienses y que no se diera nada a los geómoros (VIII, 21, 1). De ahí la perplejidad ateniense ante las ciudades de Sicilia en VII, 55, 2: ni podían aportar cambio de *politeia* que las atrajera, por ser democráticas y fuertes, ni tampoco superioridad material. Se diría que los atenienses favorecen el cambio democrático para atraer, no al revés, según la perspectiva de Tucídides por lo menos; como por ejemplo con los turios y metapontinos: *στασιωτικῶν καιρῶν* (57, 11). Incluso la lucha de Atenas, para Nicias (VI, 11, 7), debe orientarse hacia la protección contra la ciudad que ataca a través de la oligarquía (*δι' ὀλιγαρχίας*).

Del mismo modo que detrás de la guerra están los conflictos políticos internos, éstos están a su vez condicionados por la guerra⁷⁹. Ante la llegada de los atenienses, en el *demos* de los siracusanos se manifiesta la discordia

⁷⁹ N. G. L. Hammond, «The Arrangement of the Thought in the Proem and in other Parts of Thucydides I», *CQ*, 46, 1952, p. 132, considera que *κίνησις* de I, 2, puede significar los cambios políticos debidos a la guerra. En general, se refiere a los movimientos que llevan a la aparición de dos unidades de poder: Atenas y Esparta (pp. 132-133). La guerra fue grande porque fue grande el movimiento que la produjo: la interacción entre poder de Atenas y alarma espartana (p. 136), en relación con la *ἀλλοθεστάτη πρόφασις* (p. 137). Por eso, el episodio de Itome (I, 102, 3), indicativo de la ruptura entre Atenas y Esparta, se considera crucial para la comprensión del *excursus*: P. K. Walker, «The Purpose and Method of 'the Pentekontaetia' in Thucydides, Book I», *CQ*, 7, 1957, p. 37. La *stasis* de Corcira se considera aplicable a todo el mundo griego: Romilly, *Les problèmes...* p. 88; D. Plácido, «De la muerte de Pericles a la *stasis* de Corcira», *Gerión*, 1, 1983, p. 140. Para la interpretación de la guerra del Peloponeso, a partir de 428/7, como un mosaico de guerras dentro de una guerra, cf., D. Gillis, «Murder on Melos», *RIL*, 112, 1978, p. 190; la *stasis* domina la concepción de la historia de Tucídides (p. 193). En el mismo sentido, Hunter, *Past...*, pp. 152-153. El hombre es incapaz de controlarla y se convierte en su víctima: Pouncey, pp. 136-137. Guerra como factor de *stasis* en Agamenón (I, 12, 2) y en Atenas (VIII, 96, 2): R. J. Rabel, «Agamemnon's Empire in Thucydides», *CJ*, 80, 1984, p. 10. Cf. M. Cogan, «Mytilene, Plataea and Corcyra. Ideology and Policy in Thucydides Book three», *Phoenix*, 35, 1981, 1-21; Connor, pp. 96; 131.

(VI, 35, 1). Atenágoras era el *prostates* del *demos* (VI, 35, 2), pero el que propone aprovechar el ataque para fortalecer la ciudad es Hermócrates, en quien confiaban pocos. Este argumenta que ser objeto de ataques puede ser ventajoso para la consecución de alianzas (VI, 33, 4). Atenágoras está frente a quienes siembran el temor con ánimo de favorecer tiranías, *staseis*, etc., y a los *oligoi* (VI, 38, 2-4). El peligro externo favorece la manifestación de problemas internos, pero también la orientación de tales problemas en un determinado sentido cuando se propone la «unidad» de acción: Tucídides revela que tales propuestas de unidad responden también a determinadas posturas dentro del conflicto interno. Ahora bien, el problema es lo suficientemente complejo para que requiera la exposición antilógica, pues también la multitud es amante de atacar cuando tiene confianza y presiona para ello a los generales (VI, 63, 2). Si el peligro como arma era instrumento oligárquico, la agresividad pasa a ser actitud popular. Luego se verá que tanto en Siracusa como en Catania (VI, 64, 1-2) hay también exiliados y personas de confianza para los atenienses.

La situación del súbdito también aparece complicada. En la lucha de los atenienses en Siracusa, dice Tucídides, VI, 69, 3, los súbditos consideraban, entre otras cosas, que, colaborando en la sumisión de otros, se les haría más llevadera la propia. De I, 76, 2-4, entre otros, se desprende la concepción dominante de que es natural que el fuerte explote al débil⁸⁰. En ese mundo, para el débil lo natural es también encontrarse del lado del fuerte. Del mismo modo, en su enfrentamiento con Atenas, los oligarcas de Quios consiguen no enajenarse al *plethos* (VIII, 9, 3). Los de Quios son para Tucídides, VIII, 24, 4, los únicos, junto con los lacedemonios, que vivieron en *eudamonia*, *sophrosynè* y *kosmos*⁸¹. Tal vez sea la situación social de Quios, con abundancia de esclavos (40, 2), la que permite el control de los *oligoi* sobre el *plethos* frente a una masa hostil común. Tucídides es sensible a esta «alianza», como lo es a la espartana ante los hilotas y a la de los súbditos de Atenas frente a otros posibles súbditos. Aunque, en los tres casos, percibe también el conflicto de las relaciones frente a los terceros: la masa de Quios se sorprende ante la llegada de los lacedemonios (VIII, 14, 2). El múltiple juego de dependencias complica las relaciones humanas.

Por ello es muy importante el concepto de «*próphasis* más verdadera» (I, 23, 6) como verdadera causa de la guerra⁸². El temor obliga a la guerra. Esta

⁸⁰ Pouncey, p. 63.

⁸¹ H. Rawlings, *The Structure of Thucydides' History*, Princeton Univ. Press, 1981, p. 189, ve un contraste con el episodio de la revuelta de Mitilene. Cf. también pp. 182, 184.

⁸² *Próphasis* como verdadera causa, no subjetiva, sino punto de partida observable: F. Robert, «Prophasis», *REG*, 89, 1976, pp. 334-335. De las muchas interpretaciones de la *ἀλλήθεσάτη πρόφασις* algunas afectan también al proceso de composición, vg. Canfora, Il 'cielo'... pp. 664-666: en determinada época, Tucídides considera los pretextos como única causa de guerra, antes de redactar la «Pentecontecia» (I, 23, 5); luego se convence de la unidad de la guerra y de la «causa más verdadera», y ve que no puede limitarse a una monografía, sino que debe escribir «Helénicas» para llenar el hueco entre Heródoto y la guerra del Peloponeso. También A. Andrewes, «Thucydides on the Causes of the War», *CQ*, 9, 1959, 223-239: el temor de los espartanos, la *ἀλλήθεσάτη πρόφασις*, está escrito cuando Tucídides ya sabía que la guerra

se produce, pues, como consecuencia del proceso imperialista⁸³; por ello, todo el libro I viene a ser el desarrollo de la *ἀληθεστάτη πρόφασις*⁸⁴: frente al imperio se producen guerras de liberación (II, 8, 4; 72, 1)⁸⁵. De ahí el discurso de los mitilénios (III, 9-15) en que se identifica su situación con la esclavitud⁸⁶. Tucídides plantea su obra como una posesión para siempre (I, 22, 4). De las versiones dadas a esta frase, la de Romilly⁸⁷ parece la más acertada: no se trata de que sirva para prever un futuro que se repite cíclicamente; la utilidad está más bien en que ayuda a comprender el fenómeno histórico. Importa por ello el llamado «segundo prefacio», como declaración de la unidad de la guerra y de que la paz de Nicias no ha sido un corte significativo⁸⁸. Los orígenes de la guerra y los acontecimientos finales se explican dentro de una misma perspectiva de los hechos. Pero, a partir de la perspectiva desde una realidad compleja, también resulta compleja la exposición de los hechos mismos⁸⁹.

El temor es lo que se considera causa más verdadera. En principio, el de los lacedemonios hacia el desarrollo imperialista de Atenas. Pero el proceso de inversión se produce también para ésta. El punto culminante estaría en el diálogo de los melios y en su continuación en la expedición a Sicilia. Allí los atenienses pasarían a desempeñar el papel de los melios (VII, 77, 4)⁹⁰; pero todavía en el discurso de Hermócrates, el temor era motivo de resistencias y

era una unidad. Cf. matizaciones sobre el temor en P. Huart, *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide*, Paris, Klincksieck, 1968, p. 55. La clásica visión «unitaria», en J. H. Finley, *Three Essays on Thucydides*, Harvard Univ. Press., 1967, p. 164: ninguna nota fue utilizada, ningún pasaje compuesto, antes de que la guerra entera y el plan completo de la obra estuviera en su mente. Otro punto de vista: Tucídides vio desde el principio el carácter peligroso del imperio ateniense; el libro I está escrito desde el principio (F. E. Adcock, «Thucydides in Book I», *JHS*, 71, 1951, p. 12). Sobre *próphasis*, cf. H. R. Rawlings, *A Semantic Study of prophasis to 400 B. C.*, Wiesbaden, Steiner, 1975, sobre todo págs. 80-95.

⁸³ Romilly, *Th. et l'imp...*, p. 23, n.º 3, aclara este punto: no se trata, en cambio, de un efecto de la voluntad imperialista. ⁸⁴ *Id.*, p. 28.

⁸⁵ *Id.*, p. 38.

⁸⁶ *Id.*, p. 39.

⁸⁷ «L'utilité de l'Histoire selon Thucydide», *Entretiens, Fond. Hardt. IV. Vandoeuvres-Ginebra*, 1956, p. 42.

⁸⁸ Connor, p. 143.

⁸⁹ Sobre la ordenación de las causas en un sistema complejo, cf. M. Trédé, «Les causes multiples et l'organisation de la période chez Thucydide», *Act. IX^e Congrès Ass. G. Budé, Roma, 1973*, Paris, les Belles Lettres, 1975, 166-176.

⁹⁰ Connor, p. 155. Para él, los atenienses han sido antes como los melios, en Heródoto, VIII, 143; y también sería comparable Tuc., V, 105, 2, con Her., VII, 81 (pp. 156-157); V, 105, 2, recordaría a su vez a I, 76, 1-2 y IV, 61, 5 (p. 152). El provecho del fuerte (V, 90) sería la perspectiva ampliada de todo el desarrollo de la guerra (pp. 153-154). Sicilia, concluye, sería en general una yuxtaposición a Melos (p. 158). Cf. también p. 175. Diálogo melio como previsión del estilo dramático de los libros VI-VII: Wade-Gery, *OCD*², p. 1067. El mismo diálogo como inserción posterior, en un intento polémico antiateniense: L. Canfora, «Per una storia del dialogo dei Melii e degli Ateniesi», *Belfagor*, 26, 1971, p. 425. Como exposición de dos puntos de vista sobre los intereses de Atenas, el presente y el futuro: W. Liebeschuetz, «The Structure and Function of the Melian Dialogue», *JHS*, 88, 1968, p. 76. Como análisis histórico: C. W. Macleod, «Form and meaning in the Melian Dialogue», *Historia*, 23, 1974, p. 396. Las perspectivas estructurales tienen ciertos riesgos. V. Hunter, que las comparte, sin embargo hace alguna advertencia (*Past...*, p. 263): en Tucídides hay evolución representada por la *techné*; aunque los atenienses pierdan su *arché* no vuelven por ello a la situación originaria.

unidad frente a Atenas⁹¹. En el mismo diálogo con los melios los atenienses están ya en posición defensiva⁹². El miedo actúa, pues, de muy diversas maneras. Provoca la reacción espartana y la unidad siracusana ante Atenas, pero también actúa en Atenas. Ante la crisis que se plantea entre sus súbditos, actúa con temor, y éste es incluso el motivo de la conquista ateniense⁹³. De hecho, para ella, la supervivencia ha llegado a identificarse con la victoria⁹⁴. Por tanto, el imperio se ha convertido en *ananke*⁹⁵. En principio, la base del poder es la tranquilidad (*ἡσυχία*)⁹⁶. Pero ya según Alcibiades (VI, 18, 3), es *ananke* de los atenienses dominar (*ἄρχειν*) para no ser dominados (*ἀρχθῆναι*). Por ello no es posible la *hesychia*; para tenerla como los demás, es necesario cambiar a una forma de vida como la suya. El verbo *ἄρχειν* es dominar, lo que en otras ocasiones se expresa por el verbo *δουλοῦν*; así mismo, aquí *ἀρχθῆναι* viene a ser igual a someterse a esclavitud real, con lo que se invierte el proceso metafórico. La democracia, la forma de vida de los atenienses, exige dominar; si no se domina, «vosotros» (*ὅμῶς*) seréis esclavizados, de un modo que está en la frontera entre lo metafórico y lo real. *Ananke* es la opresión, pero también la necesidad impuesta para evitar la opresión, con lo que Atenas tiene que dominar por *ananke*, es decir, para evitar la opresión. En 18, 6, Alcibiades sigue: la *hesychia* significa el desgaste de la ciudad *αὐτὴ περὶ αὐτὴν*. Está clara la percepción de que la falta de guerra imperialista trae consigo la *stasis* dentro de la ciudad. Y termina (18, 7) pronunciándose contra el cambio de *politeia*, en lo que queda claro que sería la diferente *politeia* la que provocaría la esclavización, con una *politeia ἀπράγμονα*. A Alcibiades lo acusan de *paranomía* no demótica *ἐς τὰ ἐπιτηδεύματα* (VI, 28, 2); es precisamente lo que él considera que hay que cambiar si no se quiere ser «imperialista». Tucídides atribuiría a Alcibiades la clarividencia de relacionar el actual *ἐπιτήδευμα* con el imperio. Lo contrario será *ἀρχθῆναι*.

En VII, 75, 7, la inversión producida entre los atenienses manifiesta los dos sentidos: el simbólico, la conversión de marinos en soldados de infantería, y el real: habían hecho la expedición para esclavizar, pero ahora temen que les pase a ellos. El sitiador es al mismo tiempo sitiado (VII, 28, 3).

⁹¹ Connor, p. 124. La lucha entre ciudades se identifica con la *stasis* (p. 121). Pero entre los motivos de Eufemia también está el temor: VI, 83, 4 (*arché* por temor); 85, 3 (guiados por temor a los siracusanos).

⁹² Cf. A. Amit, «The melian Dialogue and History», *Athenaeum*, 1968, p. 230 *et passim*: son los melios los que llevan la iniciativa y plantean la disyuntiva entre esclavitud o guerra (V, 86): p. 229; los que definen los términos de la discusión y las posibilidades de elegir (p. 234). Sobre el diálogo como culminación del tema de las relaciones entre grandes y pequeños y sobre la naturaleza del poder, cf. Connor, pp. 149, 151. En Melos se da la forma dialógica propia de la tragedia porque allí se refleja el debate espiritual básico del s.V ateniense: M. A. Levi, «Il dibattito di Melo e i contrasti ideologici del V secolo a.C.», *RIL*, 112, 1978, p. 219.

⁹³ Macleod, Form...

⁹⁴ F. E. Adcock, *Thucydides and his History*, Cambridge Univ. Press., 1963, p. 59.

⁹⁵ C. W. Macleod, «Reason and necessity: Thucydides III, 9-14; 37-48», *JHS*, 98, 1978, sobre todo págs. 74 y 76: discurso de Diódoto como complemento del de los atenienses en Esparta, I, 76-77.

⁹⁶ I, 12, 1; 4. Cf. Pouncey, p. 5.

El esclavizador se convierte en esclavizado, el temor se transfiere a quienes lo producían. De ahí que el temor a ser esclavizado sea a su vez el impulso para la acción conquistadora y opresora de los atenienses, la necesidad de esclavizar para no ser esclavizados. Por ello, en última instancia, todo se reduce a una explicación dentro de la historia de Atenas, y el libro VIII puede estudiarse como la síntesis de la explicación de la pérdida de la guerra por Atenas: se explica por la *stasis*⁹⁷, y una vez reducido el ámbito de la causalidad histórica, ésta se ve limitada a los problemas entre individuos⁹⁸, es decir, a los protagonistas notorios del conflicto ciudadano consistente en materializar la pérdida de la libertad del *demos* una vez que el sustento de ésta, la conquista, ha fracasado. Las sospechas mutuas entre los mismos atenienses (VIII, 63, 2) les impide salir al combate. El asunto se complica: se inclinan hacia la oligarquía muchos que nadie podía sospechar, por lo que la desconfianza crece dentro del *demos* mismo (66, 5), lo que a su vez beneficia a los oligarcas. Pero si el *demos* de los aliados puede apoyarse en el *demos* ateniense y facilita el imperio, no ocurre lo mismo con la oligarquía: ésta, una vez restablecida en las ciudades, tiende por el contrario a liberarse de Atenas oligárquica⁹⁹. No es posible un imperio oligárquico, y la oligarquía tiende a la «esclavización» del *demos*.

La alianza con Mítilene se define como dominada por el *phobos*, no por *philia* (III, 12, 1). Es la alianza desigual: o el poderoso esclaviza o el débil se rebela. En el caso del *demos* ateniense, tal rebelión significa a su vez esclavización. Corresponde al planteamiento, esta vez positivo, de parte de Cleón: control por la fuerza y no por la *charis* (III, 37, 2). Es lo contrario a la concepción expuesta por Pericles: ganamos amigos haciendo beneficios (II, 40, 4). Se ve un cambio en la concepción de las relaciones imperialistas que tal vez corresponde a un cambio, o proyecto de cambio, de las relaciones de dependencia dentro de la ciudad. El *demos* de Atenas puede mostrarse como

⁹⁷ Pouncey, p. 39. Atenas derrotada por sus propios errores: Rawlings, *The Structure...*, p. 82. Relación entre la *stasis* y el temor, en L. A. Losada, *The Fifth Column in the Peloponnesian War*, Leiden, Brill, 1972, *passim*, y sobre todo p. 134. Connor, p. 211: de ahí deduce la necesidad del libro VIII como expresión de la relación entre violencia externa e interna. Cf. II, 64, 1; 65, 12.

⁹⁸ Pouncey, p. 143; también p. 115. Sobre el individualismo en la concepción historiográfica de Tucídides, cf. Mazzarino, I, p. 307; Roberts, *City...*, p. 227; H. D. Westlake, «Diplomacy in Thucydides», *Bull. of the John Rylands Library*, 53, 1970, p. 246; *Individuals in Thucydides*, Cambridge Univ. Press, 1968, pp. 308, 317. Posible influencia de Alcibiades: «The Influence of Alcibiades on Thucydides, Book, 8», *Mnemosyne*, 38, 1985, p. 95; 104. Tendencia a mayor individualización desde VI, 15, 4: «The Mind of Thucydides», *CR*, 32, 1982, p. 21; D. Proctor, *The Experience of Thucydides*, Warminster, Aris and Philips, 1980, pp. 43-44: sería el resultado de los contactos con Alcibiades después de 406. Pouncey, p. 139: entre la *stasis* de Corcira y la de Atenas hay una agudización de los factores individualistas. Romilly, *Le thème...*, p. 54: a partir del libro V, la *timé* pertenece a los individuos, no a Atenas.

⁹⁹ K. J. Dover, *Thucydides*, Oxford, Clarendon Press, 1973, p. 40. En cambio, el *demos* ateniense como refugio de aliados, según Frínico, en VIII, 48, 5-7, y según el propio Tucídides en 64; cf. Rawlings, *The Structure...*, p. 209. Los que querían la oligarquía y la apoyan en Tasos (VIII, 64, 5) se encuentran con que los oligarcas se pasan a Esparta. Según el discurso de Frínico, querían la libertad. De hecho, los oligarcas están en contacto con Esparta siempre. Cf. J. de Romilly, «Thucydides and the Cities of the Athenian Empire», *BICS*, 13, 1966, p. 6.

benefactor mientras tenga garantizada, por lo menos aparentemente, su propia libertad. La aparición del temor a la pérdida de la propia libertad agudiza las relaciones de temor hacia el exterior. Lo mismo cabe para el concepto de provecho de 37,3 y 38,1: aquí es una condición previa; en Pericles se desprendía de la actuación benefactora de Atenas. Para Cleón (III, 39, 5), el recibir beneficios no produce agradecimiento ni, por tanto, necesidad de servicio, sino *hybris*, por la que se desprecia al benefactor y lo consideran *θεραπεῖον*, servil. Es importante notar aquí de nuevo el proceso de inversión: lo que creaba servidumbre ajena ahora la crea en el mismo sujeto. Cleón coloca (III, 40, 3) a los que por necesidad (*ἐξ ἀνάγκης*) son siempre enemigos y no pueden devolver la compasión, frente a los iguales. La *epieikeia* es también una relación de reciprocidad (*ἐπιτηδεΐους*)¹⁰⁰. También Nicias aconseja no hacer aliados a aquellos a quienes hay que ayudar, pero de los que no se obtendría ningún provecho (*ὠφελία*) (VI, 13, 2). Es igualmente postura contraria a la de Pericles: amigos porque hacemos favores y no los recibimos¹⁰¹. En cambio, para Alcibiades (VI, 18, 2), el imperio se obtiene si se presta ayuda a los que llaman, en un argumento más parecido a los de Pericles. También en los argumentos de Eufemo (VI, 87, 3) está presente el provecho o utilidad (*ὠφελεῖν*) para la mayoría de los griegos gracias a la *polypragmosyne* y al *tropos* de los atenienses; gracias a la intervención ateniense y a su *polypragmosyne*, continúa (86, 4), se obliga a la *sophrosyne* y a la salvación. Otra transformación fue la que se produjo como consecuencia de la fortificación de Decelia: se dañó *τὰ πράγματα* (VII, 27, 3) y la *polis* necesitaba importarlo todo (29, 1). Es la visión negativa de lo que

¹⁰⁰ En el discurso de Cleón sobre Mitilene se pone de manifiesto la interferencia de la lucha de los aliados con la guerra; cf. sobre todo III, 48, 1. El tema de la *charis* está presente en los dos grandes acontecimientos del libro III: el discurso de los plateenses (58, 1) y el de Cleón; desde dos puntos de vista diferentes, el del sometido y el del dominante.

¹⁰¹ Sobre el problema de la consideración de Nicias por Tucídides cf. A. W. H. Adkins, «The *Arete* of Nicias: Thucydides 7.86», *GRBS*, 16, 1975, pp. 388-390: Tucídides atribuye *areté* a Nicias sin ironías = *ἀγαθός*. Nicias tiene riqueza en minas como Tucídides. Sobre otros usos de *areté*, cf. J. L. Creed, «Moral Values in the Age of Thucydides», *CQ*, 23, 1973, p. 220; Grene, pp. 81-85; Connor, p. 224; J. T. Hooker, «Χάρις and ἀρετή in Thucydides», *Hermes*, 102, 1974, pp. 167-168. Valor de servicio prestado y generosidad frente a la connotación peyorativa de *θεραπεύειν*: Huart, pp. 75-76. Posibles juicios sobre la actuación de Nicias en Sicilia, sobre todo VII, 42, 3: G. Donini, «Thuc. 7, 42, 3: Does Thucydides agree with Demosthenes View?», *Hermes*, 92, 1964, 116-119; Dover, p. 35; E. C. Kopff, «Thucydides 7, 42, 3: an unrecognized Fragment of Philistus», *GRBS*, 17, 1976, 23-30, cree que es un fragmento de Filisto. *Contra*, cf. M. Dickie, «Thucydides, not Philistus», *GRBS*, 17, 1976, p. 219: es Tucídides quien critica la falta de decisión de los atenienses que no explotaron el miedo inicial de los siracusanos. La necesidad de caballería sólo se pone de manifiesto después de este episodio. Interpretación más general en H. A. Murray, «Two Notes on the Evaluation of Nicias in Thucydides», *BICS*, 8, 1961, p. 123; Pouncey, pp. 123, 130. Para Liebeschuetz, Thucydides..., p. 289, no hay ninguna culpabilidad por parte de Nicias porque nunca se intentó capturar Siracusa. Para Tucídides (p. 298) el carácter democrático de las ciudades sicilianas desempeñó un papel importante en el desarrollo de los acontecimientos de la expedición. Los líderes populares atenienses tenían los mismos temores que los siracusanos (Atenágoras, VI, 36, ss.); la llamada de Alcibiades llevó el desastre a Atenas; en cambio, sus características democráticas capacitarían a Siracusa para vencer a Atenas. Cf. *contra*, Van de Maele, «Le récit de l'expédition athénienne de 415 en Sicile et l'opinion de Thucydide sur le rappel d'Alcibiade», *AC*, 40, 1971, p. 37.

para Pericles era un buen signo (II, 38, 2). Hay que tener en cuenta que también se produjo la huida de esclavos (VII, 27, 5). Paralelamente se necesitaba, pues, la acentuación de otros modos de dependencia que incidirían en la conflictividad interna de la *polis*. Ya no era, como en tiempos de Pericles, un signo de disfrute colectivo de las ventajas del imperio por parte de todos los ciudadanos. De ahí el juicio positivo hacia el sistema de los Cinco Mil enunciado en VIII, 97, 2¹⁰²: *ξύγκρασις* entre los pocos y los muchos; lo que sin duda alguna era sólo una ilusión, una visión deformada de la realidad, como demostraron los hechos sucesivos; pero Tucídides no siguió adelante¹⁰³.

* * *

Tanto Heródoto como Tucídides viven la época de Pericles y sus secuelas, con lo que ello significa de encuentro de las tradiciones alcmeónidas y antialcmeónidas¹⁰⁴, de recepción de la tradición y de crítica de la misma¹⁰⁵. En Heródoto se refleja esta situación en su actitud ambivalente ante la democracia ateniense¹⁰⁶. V, 78, parecería la más clara defensa de la democracia; después de la caída de la tiranía¹⁰⁷, se habla de *isegoría* y *eleuthería*. En este tema siempre estará presente el problema insoluble de cuáles son las ideas de Heródoto en el debate de los persas (III, 80-82)¹⁰⁸. En otro orden de cosas, Heródoto (VII, 139) destaca claramente el papel de

¹⁰² La visión positiva se debe al temor de Tucídides a que la desunión causara la destrucción de la resistencia: Adcock, *Th. and his Hist.*, p. 86. Acabaría con la *stasis* descrita en III, 82, 2: Grene, p. 77. No indica, sin embargo, una preferencia sobre el gobierno de Pericles: G. M. Kirkwood, «Thucydides' Judgement of the Constitution of the Five Thousand (VIII, 97, 2)», *AJPh*, 93, 1972, p. 95; 103, *et passim*. Cf. Proctor, pp. 46-55. Tucídides como menos oligárquico de lo que habitualmente se piensa, en D. Gillis, «Marathon and the Alcmeonids», *GRBS*, 10, 1969, p. 142. Dover, p. 37: VIII, 97, 2, como juicio a la democracia. Cf. G. Donini, *La posizione di Tucídide verso il governo dei cinquemila*, Turin, Paravia, 1969, 117 págs. *passim*.

¹⁰³ La mezcla es también la pretensión de Alcibiades, según J. de Romilly, «Alcibiade et la mélange entre jeunes et vieux: politique et médecine», *Wiener St.*, 10, 1976, pp. 93-100; *Les problèmes...*, pp. 91-92. Para C. W. Macleod, «Rhetoric and History (Thucydides, VI, 16-18)», *QdS*, 2, 1975, p. 53, Tucídides deja claro que los intentos de unidad de Alcibiades son una ilusión. Similar, A. Masaracchia, «Tucídide VI, 17, 2.3», *Helikon*, 17, 1977, 213-217. La actitud de Tebas en las guerras médicas la justifican los propios tebanos por la existencia de un régimen (*dynasteia* de pocos) que no se puede atribuir a la ciudad entera: *ἡ ξύμπασα πόλις* (III, 62, 4).

¹⁰⁴ Mazzarino, I, p. 51. Sobre Tucídides, I, 126, y Heródoto, V, 70-71, cf. Hart, pp. 1-3 y 15; Canfora, *Tucídide...*, p. 82. Sobre la posición de Heródoto ante los Alcmeónidas, cf., Hart, p. 16; 24.

¹⁰⁵ Mazzarino, I, pp. 78-79; también, p. 7: fusión aristocrática con el proceso revolucionario antiaristocrático.

¹⁰⁶ Adrados, pp. 50-51.

¹⁰⁷ Hart, p. 69; Lachenaud, p. 267, n. 1; Hohti, p. 45; 126.

¹⁰⁸ Cf., por ejemplo, F. D. Harvey, «The political Sympathies of Herodotus», *Historia*, 15, 1966, p. 254; D. Lateiner, «Herodotean Historiographical Patterning: 'The Constitutional Debate'», *QdS*, 20, 1984, p. 272 *et passim*. Heródoto, posible admirador de la democracia, pero no de Pericles: J. Schwartz, «Heródote et Périclès», *Historia*, 18, 1969, p. 370. Sobre III, 80-82, cf. A. French, «Topical Influences on Herodotus' Narrative», *Mnemosyne*, 4, 25, 1972, p. 25.

Atenas como salvadora de Grecia¹⁰⁹. Junto a ello está V, 97: crítica de la *ekklesia*, fácil de convencer, y por tanto de la intervención ateniense en Jonia. De otro lado, en VII, 139, ya se pone de manifiesto que existe una cierta impopularidad de Atenas entre los griegos¹¹⁰. La visión de Heródoto hay que examinarla desde su conocimiento de tiempos ulteriores. Él ya sabe, naturalmente (VIII, 3), que luego los atenienses van a tomar la hegemonía de Grecia frente a los espartanos con el «pretexto» de la injusticia de Pausanias¹¹¹. El proceso entre lo contado y la situación presente produce una cierta ambigüedad de juicio tanto frente a Atenas como ante Esparta¹¹². Su texto reflejaría, pues, los problemas de la sociedad y sus luchas, materializa-

¹⁰⁹ Cf. Canfora, *Storici...*, pp. 35-36, para quien, en cambio, Tucídides, V, 89, pretende desprestigiar este papel (p. 37). Para Fornara, pp. 48-49, Heródoto, VII, 139, no indica que fuera partidario de la democracia y V, 78, sólo es una defensa de la *eleuthería*. Para J. A. S. Evans, «Herodotus and Athens: the Evidence of the *Encomium*», *AC*, 48, 1979, pp. 112-113, VIII, 139, es la única afirmación claramente herodotea; es la justificación del imperio en el año 430, cuando ya se sabe que para otros es odioso, por lo que no acepta la apología de VIII, 3: esto trajo conflictos (VI, 98). En p. 117, considera que Heródoto está más cerca de Cimón que de Pericles: Atenas y Esparta como campeones de Grecia; cf. p. 118. Atenas y Esparta como complementarios: Lachenaud, p. 547. Sobre la ventaja de los cimonianos después de Salamina, cf. H. van Effenterre, *La cité grecque. Des origines à la défaite de Marathon*, Paris, Hachette, 1985, p. 282. VII, 139, se corresponde con Tucídides, I, 73-78. Cf. también A. E. Raubitschek, «The Speech of the Athenians at Sparta», en Stadter, pp. 37-38: actitud de los atenienses al principio de la guerra. J. Elayi, «Deux Oracles de Delphes. Les réponses de la Pythie à Clisthène de Sicyone at aux Athéniens avant Salamine», *REG*, 92, 1979, pp. 228-230; J. A. S. Evans, «The Oracle of the 'wooden Wall'», *CJ*, 78, 1982, p. 27. S. Spyridakis, «Salamis and the Cretans», *PdP*, 31, 1976, pp. 345, 355: el carácter proateniense de la *Historia* de Heródoto explica algunas falsedades como la decisión cretense de no participar en Salamina.

¹¹⁰ Hart, pp. 169-170.

¹¹¹ Para Harvey, *cit.*, p. 255, esto no significa una crítica a Atenas. Su marcha a Turios es síntoma de apoyo a Pericles, de quien era admirador al mismo tiempo que de la democracia. V, 97, se debe sólo a su desaprobación de la revuelta jónica, J. A. S. Evans, «Herodotus and the Ionian Revolt», *Historia*, 25, 1976, p. 37; Hart, p. 90. Pero allí mismo (VIII, 3), le parece recta la idea de los atenienses de que la lucha por la hegemonía perdería a Grecia. Sobre la revuelta jónica: French, *Topical...*, pp. 12-13. Waters, *The Purpose...*, pp. 162-164, quita importancia a las naves atenienses en Jonia como causa, y acentúa en cambio la trascendencia de las palabras de Atosa en III, 134, ss., y otros discursos en que se habla del prestigio del rey, el control de la nobleza, etc., entre los persas; también de la estructura del poder en Grecia antes de las guerras médicas: H. and Politics, p. 139. Es precisamente el contraste entre VII, 139, y VIII, 3, el que parece a Mazzarino, I, p. 158, n. 150 (p. 576), típico de la mentalidad herodotea, para la que la realidad no se presta a juicios totalmente unívocos. Sobre Pausanias, Fornara, pp. 62-65; p. 74: también sobre Temístocles. Heródoto y Tucídides sobre Pausanias en G. E. M. de Ste.-Croix, «Herodotus», *G & R*, 24, 1977, p. 137.

¹¹² Fornara, pp. 57-58; 90; cf. G. L. Huxley, «Herodotus on Myth and Politics in Early Sparta», *Proc. of the Royal Irish Acad.*, c. 83, c. 1, 1983, p. 14. En IX, 8, las reflexiones de Heródoto son claramente contrarias a Esparta: con el muro del Istmo dejaron de necesitar a Atenas. Sin embargo, en VI, 102-110, no oculta las dudas y lentitudes de los atenienses y disculpa el retraso de los lacedemonios. Cf. N. Loraux, «'Marathon' ou l'histoire idéologique», *REA*, 75, 1973, .. 22. Contraste entre Atenas y Esparta en V, 39-54: Immerwahr, *Form...*, p. 116: frente a la pasividad espartana, la agresividad de la nueva democracia (pp. 119-120). A. Momigliano, «Tradizioni e trasformazioni negli storici antichi» (= Tradition and the Classical Historian, *History and Theory*, 11, 3, 1972, 279-93; *Quinto Contributo*, pp. 13-41: las págs. 13-20, en italiano, en D. Musti, *La storiografia greca. Guida storica e critica*, Roma-Bari, Laterza, 1979, (pp. 47-59), p. 55: victoria de la libertad frente al despotismo, y por tanto mayor papel de Atenas, más sensible a la libertad griega: Wardman, *Herodotus...*, p. 148.

das en el imperialismo ateniense¹¹³. Si el contenido temático es el imperialismo persa, el fondo es el imperialismo ateniense. Así se entienden algunas ambigüedades, como las citadas, y también el papel atribuido a distintos personajes, como a Temístocles, que, si en VII, 148, es introducido como salvador¹¹⁴, en VIII, 111, se transparenta una actitud de hostilidad hacia él¹¹⁵. Fornara¹¹⁶ insiste en la importancia que para comprender a Heródoto tiene el hecho de que sus «lectores» conocían la historia posterior y la vivían. En la realidad, Atenas se ha convertido en lo que es a partir de las guerras médicas, a partir de la lucha contra el imperialismo persa. En esa lucha se ha liberado de la esclavitud, y se ha estabilizado un sistema de esclavización sustentado sobre la diferencia, entonces afirmada, entre griegos y bárbaros. Los bárbaros pretendían esclavizar a los griegos, y son un pueblo esclavo. Que los griegos sean libres y los persas no lo entiendan (VII, 147) es el modo que tiene Heródoto para expresar la diferencia entre el sistema esclavista y la servidumbre colectiva. Luego, también los griegos empiezan a esclavizar. Heródoto vislumbra las contradicciones, porque a partir de ahí Atenas se hace imperialista. Por ello existen ambigüedades sobre las consecuencias de la victoria ateniense y de su intervención en Jonia: luego, a pesar de todo, persiste el *phoros*. Pero por ello también Heródoto acude al pasado y busca causas remotas. Las alusiones al presente son escasas y conflictivas. Heródoto huye de la realidad actual. Sus presupuestos son los de la Atenas de Pericles, con sus contradicciones dominadas¹¹⁷ por medio de la retórica. Si no se dicen

¹¹³ Hartog, p. 320. De ahí la validez, con carácter general, del *logos* escita (p. 327; 360); cf. también Hunter, *Past...*, pp. 183-184. La supremacía de Atenas como elemento unificador de la obra de Heródoto, en G. de Sanctis, «La composizione della storia di Erodoto», en Canfora, *Erodoto...*, pp. 69-84 (antes en *Studi di storia della storiografia greca*, 1951). Romilly, *Th. et l'imp.*, p. 75.

¹¹⁴ Hart, pp. 142-144; 150.

¹¹⁵ No hacia la democracia: Harvey, *cit.*, p. 255. Temístocles como personalidad en que se proyectan los rasgos de Pericles: Lachenaud, pp. 386-387; 390-391: otros rasgos de anticipación de realidades en la figura de Temístocles. Cf. K. H. Waters, *Herodotos the Historian. his problems, Methods and Originality*, Londres, Croom Helm, 1985, p. 121. Heródoto, proalmeónida, contra Temístocles: Gillis, *Marathon...*, pp. 142-144. Cf. Hohti, p. 69; 128 (tras Salamina, la influencia de Temístocles se hace negativa); Pippidi, *cit.*, p. 89.

¹¹⁶ Pp. 61-62; 66. El impulso para escribir estaría en su propio tiempo (p. 41). Se trataría de hacer comprender los problemas contemporáneos, la lucha contra la esclavización por un imperio: la situación actual es la de la grandeza de Atenas (p. 80), en que ésta ha sustituido a Jerjes (p. 87). También «Herodotus' Knowledge of the Archidamian War», *Hermes*, 109, 1981, pp. 155-156: Heródoto ya conocía la guerra arquidámica (p. 151) y por eso pone el énfasis en la división entre Atenas y Esparta. J. A. S. Evans, «Herodotus' Publication Date», *Athenaeum*, 57, 1979, p. 148, critica la fecha dada por Fornara para la redacción de Heródoto y la sube hasta 424 o poco más; cf. C. W. Fornara, «Evidence for the Date of Herodotus' Publication», *JHS*, 91, 1971, 25-34. Según VI, 98, la peor época para Grecia vino después de las guerras médicas: cf. Hart, p. 112. La previsión de nuevos conflictos hace que el final de su *Historia* sea también el final de la actividad griega unida (*H. the Historian*, p. 6). Énfasis sobre los problemas internos de los griegos en VIII, 29-30: Hohti, p. 102. Para French, *cit.*, p. 27, de la *Historia* de Heródoto se revela la historia de la Atenas de Pericles. Cf. también Hart, p. 112. El presente iluminado por el pasado, según Lachenaud, p. 29; cf. pp. 404, 517. Para Mazzarino, I, pp. 126-129, tras la ruptura entre Oriente y Occidente representada por las guerras médicas, Heródoto vivió la nueva política inaugurada con la paz de Calias.

¹¹⁷ D. Plácido. «El pensamiento de Protágoras y la Atenas de pericles», *HA*, 3, 1973, p. 67. Sobre III, 80-82 en este sentido, ver J. A. S. Evans, «Notes on the Debate of the persian

las *gnomai* contrapuestas no es posible elegir la mejor (*τὴν ἀμείνω*) (VII, 10)¹¹⁸; dejarse persuadir por quien dice cosas buenas (*χρηστὰ*) es igual que pensar bien (VII, 16). Heródoto busca en el largo proceso de la historia pasada las causas del presente. Por ello pone un límite en lo que P. Vidal-Naquet llama el tiempo de los hombres¹¹⁹. Lo histórico sólo llega a Polícrates y Creso¹²⁰. El tiempo mítico queda al margen de sus explicaciones históricas. De ahí que rechace expresamente la historia de Minos como parte de las talasocracias (III, 122)¹²¹. La crítica tradicional a Heródoto como mitólogo queda así profundamente matizada. Heródoto cuenta narraciones míticas, pero no las incluye en su proceso de explicación histórica¹²². Curiosamente, Tucídides, crítico más intransigente de lo que es *mythodes*, interesado exclusivamente por lo actual, sólo incluye lo antiguo cuando hace alguna referencia al presente¹²³, es decir, cuando, por analogía, puede servir para explicar la situación presente. Tucídides prescinde como explicación diacrónica, pero lo utiliza como modo de explicación analógica. Lo que quiere decir que Heródoto es superior a Tucídides en la búsqueda de causas remotas¹²⁴; éste en cambio está más preocupado por la lucha interna y por la historia constitucional, y del mismo modo que elimina casi totalmente el aspecto etnográfico de la obra de Heródoto¹²⁵, se limita al tiempo presente, y a las explicaciones en el pasado que puedan significar relaciones de fondo, no sucesión cronológica. Por eso Tucídides sí hace referencia a Minos, Agame-

Grandees in Herodotus 3, 80-82», *QU*, n.s. 7, 1981, sobre todo págs. 83-84. Como examen de *nomos*: Waters, *H. the Historian*, p. 20; en relación con la superioridad del *nomos* expresada en III, 38. Cf. D. Plácido, «La proyección ideológica de la democracia ateniense», *Estudios de la Antigüedad*, 1, 1984, pp. 19-21. Sobre la importancia del discurso como material histórico en Heródoto, Hohti, p. 40; 140.

¹¹⁸Lachenaud, p. 571.

¹¹⁹ «Tems des dieux et temps des hommes», *RHR*, 1960, 55-80 = *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, Paris, Maspero, 1981, p. 81.

¹²⁰ Hunter, *Past...*, pp. 69-101.

¹²¹ *Id.*, p. 19.

¹²² Cf. A. E. Wardman, «Myth in Greek Historiography», *Historia*, 9, 1960, p. 405 *et passim*; Waters, *H. the Historian*, p. 29; Detienne, p. 68.

¹²³ Detienne, pp. 70-71; cf. pp. 102-103. Mazzarino, I, p. 8: desde Hecateo se critica el mito sin poder prescindir de él. Rabel, *cit.*, pp. 8-9; J. W. Neville, «Herodotus on the Trojan War», *G & R*, 24, 1977, 3-12; H. Verdin, «Les remarques critiques d'Hérodote et de Thucydide sur la poésie en tant que source historique», *Historiographia antiqua, cit.*, pp. 65-66.

¹²⁴ A. Momigliano, «Some Observations on Causes of War in Ancient Historiography», *Acta Congressus Madvigiani. Proceedings of the Second International Congress of Classical Studies, 1954, I*, (1958), 199-211 = *Studies in Historiography (cit.)*, pp. 118-119.

¹²⁵ A. Momigliano, «Historia y biografía», en M. I. Finley (ed.), *El legado de Grecia. Una nueva valoración*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 169. Tucídides se limita a Grecia en la lista de las talasocracias: J. de Romilly, *Histoire et raison chez Thucydide*, Paris, les Belles lettres, 1956, p. 279. En I, 2-19, la importancia del poder naval es el reflejo de la evolución de la Atenas de su época: Proctor, p. 36. En cambio Heródoto está interesado en el descubrimiento de nuevos mundos a través de una gran investigación antropológica: Nenci, *cit.*, p. 133. El carácter «universal» de la obra de Heródoto explica al menos en parte el juicio de Plutarco; cf. *supra*, 10. Otras diferencias entre Heródoto y Tucídides, en Rawlings, *The Structure...*, pp. 54-56; Roberts, p. 214; Romilly, *L'utilité...*, p. 50. Para Dover, p. 43, mientras Heródoto pretende perpetuar, Tucídides trata de hacer inteligible. Paso de la cultura oral a la cultura escrita, a la tecnología de la comunicación y de la información: B. Gentili, G. Cerri, *Le teorie del discorso storico nel pensiero greco e la storiografia romana arcaica*, Roma, Ed. dell'Ateneo, 1975, p. 24.

nón, etc., por lo que significa de paralelismo con el imperio marítimo ateniense^{125a}.

Tucídides también parte de que ese imperio fue el resultado de la contribución ateniense a la salvación de Grecia: I, 18 y 73-74, expresan la misma perspectiva que Heródoto, VII, 139. J. de Romilly¹²⁶ ha puesto de manifiesto que, precisamente desde el libro VII, en Heródoto se multiplican los análisis políticos, en páginas que preparan a Tucídides. El tema se aproxima a los problemas de su propio tiempo, en el momento en que de hecho se prefiguran las condiciones en que él vivió. El cambio de causalidad refleja las transformaciones reales¹²⁷. Al tiempo que Atenas se hace salvadora de Grecia, en VIII, 111, y a través de la actuación de Temístocles, comienza a imponerse la *ananke* en las relaciones entre los pueblos. El liberador se hace opresivo. Tucídides empieza donde termina Heródoto. En I, 73-78, se justifica el imperio sobre la base de la lucha liberadora frente al persa; pero en VI, 82-87 se aclara que lo importante había sido liberarse de los lacedemonios (ya Heródoto también había visto el «pretexto» de la actuación de Pausanias). De hecho los intereses democráticos se han transferido a la alianza y sumisión de las ciudades griegas y la lucha contra Esparta. Desaparece con ello el interés por el problema general. Del final de la guerra médica y «formación» del imperio como lucha contra el persa, el interés revierte en la lucha contra los griegos. Se plantea por ello el problema de si es justo usar la propaganda de la guerra contra el persa para justificar el dominio sobre griegos. Así se reduce la perspectiva histórica tanto en el tiempo como en el espacio. La «grandeza» de Tucídides se aplica a lo que afecta más a lo interno. Por ello hace «historia interna». Mientras Heródoto ha vivido el mundo resultante de la ampliación de fronteras y el inicio de sus problemas, Tucídides vive el mundo resultante de la reducción de fronteras y de la agudización de conflictos entre griegos. El mismo Heródoto lo verá marginalmente en VI, 98.

Tucídides considera por ello que *su* guerra es más importante, aunque en su modo de contarla aparentemente pierde «grandeza», al eliminar lo «mítico» y centrarse en la naturaleza humana. Por ello es preciso ver que en el pasado las cosas ocurren de la misma manera y que hay que prescindir de toda la grandeza mítica que le han dado logógrafos y poetas (I, 21); de ahí la importancia de la Arqueología, en que se trata de explicar el poder naval, la *dynamis* territorial, las expediciones y colonizaciones, de acuerdo con los recursos, etc. Todo el pasado «baja» a un terreno político: control territorial en competencia con el control de las islas, etc. Por ello también importan en

^{125a} V. Hunter, «Thucydides and the uses of the Past», *Klio*, 62, 1980, 191, 218.

¹²⁶ La vengeance..., p. 330.

¹²⁷ *Id.*, p. 337. para A. French, «Thucydides and the Power Syndrome», *G & R*, 27, 1980, pp. 25-28, Heródoto desarrollaría los temas del despotismo bárbaro frente a la libertad griega y de la formación del imperio ateniense; Tucídides tomaría el tercer ciclo de Heródoto: la autodestrucción del imperialismo ateniense.

la Arqueología las referencias a Esparta. Es un estudio de las formas de control territorial y naval, y de las formas de esclavización. Frente a lo mítico, Tucídides (I, 22, 4) expone «lo humano» (*κατὰ τὸ ἀνθρώπινον*). Esta explicación, válida para la Arqueología, también lo es para toda su *Historia*. Una vez despojada de lo mítico, su guerra es lo más importante^{127a}. Lo que en Heródoto era el final y constituía la actualidad latente tras la interpretación del pasado, en Tucídides adquiere todo su protagonismo: la lucha política entre griegos. Pero si ésta está detrás de la lucha entre griegos y bárbaros en Heródoto, en Tucídides vemos constantemente detrás la lucha entre ciudadanos. También para la política interna es difícil definir con precisión la actitud de Tucídides¹²⁸. Parece claro que apoya la estrategia de Pericles¹²⁹, al que en cierto modo idealiza¹³⁰. También se ve una actitud apologética hacia Alcibiades¹³¹, que coincide con la culpabilización del *demos* por haber confiado en otros menos inteligentes. Esta apología hay que confrontarla con VIII, 48, 4, donde se expone la opinión de Frínico, y Tucídides la corrobora (*ὅπερ καὶ ἦν*): Alcibiades no prefería la oligarquía a la democracia. Las inclinaciones concretas hay que mantenerlas, pues, en la ambigüedad. Puede haber cambios en la biografía del propio Tucídides, y en la realidad histórica que refleja y en sus protagonistas, a lo largo del periodo de redacción¹³². En VIII, 84, 4 puede verse la figura de Alcibiades como al margen de la *stasis*, y en VIII, 86, 4-5, como el único capaz de controlar a la multitud (*ὄχλον*): impidió que atenienses y samios navegasen contra ellos

^{127a} Sobre la grandeza del hecho histórico, cf. L. Canfora, «Le préface de Thucydide et la critique de la raison historique», *REG*, 90, 1977, pp. 459-460.

¹²⁸ Cf. *supra* n. 70.

¹²⁹ G. Cawkwell, «Thucydides' Judgment of periclean Strategy», *YCS*, 24, 1975, p. 65; pero cf. D. W. Knight, «Thucydides and the Strategy of Pericles», *Mnemosyne*, 4, 23, 1970, p. 152, et *passim*. Una interpretación algo más compleja en M. H. Chambers, «Thucydides and Pericles», *HSCPh*, 62, 1957, pp. 81-87; también Proctor, pp. 113, 137; Wade-Gery, *OCD*², p. 1060.

¹³⁰ Canfora, *Storici...*, p. 29. D. Lanza, *Lingua e discorso nell'Atene delle professioni*, Nápoles, Liguori, 1979, pp. 97-98.

¹³¹ Sobre todo en VI, 15, 4. Canfora, *Storici...*, p. 28; Pouncey, pp. 105-108. También parece defenderlo de la acusación de la violación de los Hermes (VI, 60-61) y minimizar los motivos del alarmismo del *demos*. Sería el tema de la irresponsabilidad e ignorancia de éste: *id.*, p. 123. Cf. también II, 65, 11, y Rawlings, *The Structure...*, p. 103; 115. W. E. Thompson, «Thucydides 2.65.11», *Historia*, 20, 1971, p. 144, considera que Tucídides atribuye la causa de la derrota a la obra de los demagogos al atacar a Nicias y Alcibiades; también serían la causa de la discordia civil (p. 148). Según Adcock, *Th. and his Hist.*, p. 54, Tucídides atribuye la derrota a la incapacidad de usar a Alcibiades como director de la guerra. Cf. Liebeschuetz, *Thucydides...*, pp. 403-306. P. A. Brunt, «Thucydides and Alcibiades», *REG*, 65, 1952, p. 95, opina que Tucídides tiende a magnificar la influencia de Alcibiades sobre el curso de los acontecimientos. Según E. F. Bloedow, *Alcibiades reexamined*, Wiesbaden, Steiner, 1973, pp. 82-85, en la realidad conocida es difícil encontrar justificación a muchas afirmaciones o sugerencias de Tucídides. Podría deberse a la información del propio Alcibiades.

¹³² Para Hammond, *The Particular...*, p. 59, la decepción definitiva de Tucídides se produjo después de 405, tras el fracaso de Alcibiades. Dover, p. 17, considera, de otro lado, que II, 65, 11 y VI, 15, 3, ss., que contienen un veredicto sobre Alcibiades más favorable que el resto de la narración, pudieron escribirse bajo el influjo de los éxitos de éste de 411-407. Incidencia del imperio en las posturas políticas: Grene, p. 43; evolución hacia posturas oligárquicas de algunos demócratas conservadores: pp. 48-49.

mismos (86, 4)¹³³. Sin embargo, también es verdad que el lenguaje de Alcibiades, sobre todo en el discurso previo a la expedición a Sicilia, parece reflejar las esperanzas irracionales del *demos* ateniense¹³⁴; y que de otro lado es objeto de los ataques de Nicias por pensar sólo en «lo suyo» (τὸ ἑαυτοῦ: VI, 12, 2). En lo concreto, parece que en el asunto de Pilos, que tanto irritaba a Tucídides, Alcibiades había tomado una actitud favorable a las propuestas espartanas (VI, 89, 6). Refiriéndose al *excursus* sobre la tiranía, A. Momigliano¹³⁵ concluye que no satisface a quienes quieren que Tucídides tome postura con respecto a Alcibiades y, sin embargo, J. Pouilloux y F. Salviat¹³⁶ consideran, no sólo que el libro VIII es la historia de Alcibiades como salvador de la guerra civil, sino que la narración del caso de los misterios está hecha en función de Alcibiades, sobre todo cuando (VI, 53, 2) se habla de los acusadores *πονηροί* y los acusados *χρηστοί*. Proctor¹³⁷ piensa que Tucídides identificaba las características del régimen de los Cinco Mil con las que dictó Alcibiades en Samos; de ahí su aprobación. La figura de Alcibiades se identificaría con la de Pericles¹³⁸.

Igualmente complejo es el intento de aclarar la postura política de Tucídides. Hemos visto que considera al *demos* culpable; más tarde, los atenienses se irritaron con los oradores, en VIII, 1, 1, como si ellos no hubieran votado la expedición a Sicilia. Tucídides pone de manifiesto la actitud contradictoria del *demos*. Luego estaban dispuestos a someterse a disciplina «como ama el *demos*» (1, 4). Parecería reflejarse un juicio, pero más importante es la constancia que deja de las dificultades para tomar actitudes consecuentes. Lo mismo ocurre en relación con los oligarcas: en VIII, 89, 4, habla de cómo, para los *homoioi* es preferible el régimen democrático, porque, al ser elegidos, nadie se ve obligado a sobresalir de sus

¹³³ Pouncey, pp. 110-114. Para Adcock, *Th. and his Hist.*, p. 135, se trataría de una especie de *peripeteia* en la conducta de Alcibiades. VIII, 45, ss. sería un modo de clarificar su postura: Connor, p. 220.

¹³⁴ H. P. Stahl, «Speeches and the Course of Events in Books Six and Seven of Thucydides», en Stadter, pp. 60-77, sobre todo p. 72.

¹³⁵ «L'Excursus di Tucide in VI, 54-59», *Studi di storiografia antica in memoria di Leonardo Ferrero*, Turin, 1971, 31-35=Quinto Contributo, p. 677.

¹³⁶ «Lichas, Lacédémonien, archonte à Thasos et le livre VIII de Thucydide», *CRAI*, 1983, pp. 399, 401.

¹³⁷ Pp. 56-63.

¹³⁸ Para otros posibles juicios de individuos, cf. J. R. Ellis, «Characters in the Sicilian Expedition», *QdS*, 5, 1979, 39-69, especialmente pp. 41, ss.; Grant, *cit.*, pp. 91-92; Grene, pp. 19: 66-69. Alcibiades y Pericles como los únicos capaces de contener a la multitud: VIII, 86, 5=II, 65, 9 (p. 41). Temistocles y Pausanias como modo de contraposición para posteriormente definir a Pericles: H. Konishi, «Thucydides' Method in the Episodes of Pausanias and Themistocles», *AJPh*, 91, 1970, pp. 66 y 68, de acuerdo con un sistema de explicación tripartito propio de Tucídides. Cleón como antipericles y enemigo del *demos*, y por tanto oligarca, en M. L. Lang, «Cleón as the Anti-Pericles», *CPh*, 67, 1972, pp. 162-167. Falta de *epieikeia* en el imperio y hacia Esparta (J. de Romilly, «Fairness and Kindness in Thucydides», *Phoenix*, 28, 1974, pp. 97-99). A. Andrewes, «The Mytilene Debate: Thucydides, 3.36-49», *Phoenix*, 16, 1962, pp. 84-85: imperialismo brutal y olvido del elemento racional del debate ateniense. Hermócrates: Mazzarino, I, p. 273. Demóstenes: S. van de Maele, «Demosthène et Cléon à Pylos (425 av. J.-C.)», *Mélanges d'Études Anciennes offerts à M. Lebel.*, Québec, Les Éditions du Sphinx, 1980, p. 124.

«iguales»; en cambio, en la oligarquía, todos quieren ser «el primero». Por otro lado, los *oligoí* (VIII, 91, 3) estaban dispuestos a venderse a los enemigos antes de ser derrotados por el *demos*. Tucídides es consciente de que hay una postura de los hoplitas (VIII, 92, 5), pero también de que, en momentos clave, se utilizan los nombres correspondientes a los conceptos políticos con una gran ambigüedad y de acuerdo con determinados intereses (VIII, 92, 11)¹³⁹, y de la necesidad de distinguir entre la realidad de los que poseen el poder y lo que es pura apariencia (VIII, 66, 1). En definitiva, el tema de la *Historia* de Tucídides es la formación y destrucción del poder imperial ateniense, con la intervención de una serie de factores que resultan una novedad: la peste, las revoluciones, los demagogos, y la guerra como eje del cambio¹⁴⁰. Desde el punto de vista historiográfico importa más a qué problemas fue sensible que la actitud concreta que adoptó ante ellos.

Si en Heródoto la guerra grecopersa se ve condicionada por la situación real de guerra entre ciudades, en Tucídides la guerra entre ciudades queda identificada con la *stasis*. Ello coincide con el paso de la etnografía a la política interna y de la explicación en la larga duración a la explicación «sincrónica». La clave de Heródoto está en la alteridad (ellos/nosotros)¹⁴¹, la de Tucídides en la *stasis*. El proceso narrado por Heródoto es el de la esclavización de los «ajenos», con la previsión del conflicto entre ciudades que esto supone; en Tucídides coincide con el conflicto entre ciudades, con la previsión del conflicto dentro de la ciudad que esto supone. El protagonismo estaría en ambos casos en el imperio ateniense: en Heródoto, como consecuencia de las guerras médicas y como modo de consolidar el sistema adquirido y de mantener la concordia interna, con trasfondo conflictivo pero dominado; en Tucídides, como crisis y caída del mismo imperio, y manifestación evidente del conflicto interno que había detrás de él, no fácilmente controlable. El problema del poder existe a varias escalas. En el discurso de Hermócrates en Camarina se alude a que con los atenienses los jonios cambiaron de *despotes* y se entrevé que allí puede pasar lo mismo: el establecimiento del poder de los siracusanos sobre otros sicilianos (VI, 78, 2). Eufemo alude también a que los atenienses son *hegemonas* para no estar sometidos a los lacedemonios. El que no tiene hegemonía está sometido a la de otro; el que no es *despotes* tiene uno sobre él. Es el reflejo de la sociedad ateniense de la época. El no propietario de esclavos corre el riesgo de ser

¹³⁹ Cf., en general, Grene, pp. 19-20. Definición como demócrata en H. D. Westlake, «The Subjectivity of Thucydides: his Treatment of the Four Hundred at Athens», *Bull. of the J. Rylands Library*, 56, 1973, pp. 208-209. Gillis, *Murder...*, pp. 200-201, intenta detectar la posición de Tucídides en una serie de textos. Definición como oligarca: L. Canfora, «De la logografía jonia a la historiografía ética», en R. Bianchi-Bandinelli (dir.), *Historia y civilización de los griegos*, Barcelona, Icaria, III, 1981, p. 393.

¹⁴⁰ Cf., por ejemplo, Momigliano, *Tradizioni...*, pp. 55-56. Sobre la peste en relación con los demás factores, cf. A. Parry, «The Language of Thucydides' Description of Plague», *BICS*, 16, 1969, pp. 113-116. A. Rivier, «Prognostic et prévision chez Thucydide», *MH*, 26, 1969, pp. 138, 140.

¹⁴¹ Relaciones entre alteridad y esclavitud: Hartog, p. 338.

esclavo, salvo en el caso de que el *demos* mande en la ciudad y la ciudad en Grecia, con lo que se evita el proceso; por ello la lucha política de la ciudad y la lucha imperialista reflejan ambas la situación evolutiva del sistema esclavista.

Que Heródoto refleje el resultado positivo de las guerras médicas, y por ello resulte optimista frente al carácter trágico de la obra de Tucídides¹⁴², es más que nada un síntoma. Desde la perspectiva de Heródoto, para quien importa la formación de la sociedad libre griega y ateniense, el final de la narración debía quedar al final de las guerras médicas, al final del proceso en que se han configurado los aspectos positivos de esa sociedad, aunque se entrevean los lados negativos; para Tucídides, que percibe las contradicciones del desarrollo de la ciudad democrática, el tema era justamente el de la crisis de esa ciudad en relación con su manifestación más visible: la guerra del Peloponeso, que es también el producto de la necesidad del *demos* de someter para evitar ser sometido¹⁴³.

Heródoto vivió una ciudad democrática donde la eficacia de la retórica aparece como un elemento positivo, y el discurso sirve para iluminar la realidad y favorecer la toma de decisiones (VIII, 60)¹⁴⁴. Como método expositivo refleja diferentes aspectos de la filosofía de la historia de Heródoto¹⁴⁵, o proporciona una explicación histórica racional¹⁴⁶. Corresponde al período en que en la democracia ateniense era posible la concordia. También en Tucídides, según los mitilenios (III, 11, 2), había una época en que las cosas parecían controlables por la palabra y entonces era posible la autonomía de los aliados. La eficacia de la palabra para producir acuerdo tiene lugar cuando el acuerdo es posible. Con la guerra, y el proceso de disgregación de la concordia, las cosas cambian. Cleón, en III, 37, 4, ataca al que habla para hacer triunfar su *gnome*; pero, al mismo tiempo, alaba al más ignorante que hace caso del que habla bien. La propuesta con respecto a la retórica no es transparente. Quiere hacer la asamblea más parecida a un juicio que a un *agón* retórico. Se trata, en definitiva, de esa retórica que se ha separado de la realidad y se ha hecho inútil para el *demos*. La reacción contra la retórica sumada a la defensa del poder imperialista configura lo que aparece como su pensamiento conservador. La novedad del discurso produce engaño, *apate*, que hace a los hombres esclavos; *δοῦλοι* (III, 38, 5). Desde el punto de vista de Cleón la retórica «nueva» puede llevar a no defender los intereses de la *polis* y de ahí a la esclavización del *demos*, «sometidos al placer del oído» (38, 7); el placer de escuchar se convierte en modo de sumisión, al haberse convertido en espectáculo de los sofistas más que en deliberación. La retórica se ha hecho obstáculo para la deliberación, y por ello es la defensa de la deliberación como expresión retórica la que se convierte en objetivamente

¹⁴² Waters, *H. the Historian*, pp. 175-176.

¹⁴³ Cf. *supra*, p. 24.

¹⁴⁴ Lachenaud, pp. 578-579; cf. *supra*, p.

¹⁴⁵ Waters, *H. the Historian*, p. 34.

¹⁴⁶ *Id.*, p. 64; Hart, p. 77.

conservadora. Pero el discurso de Cleón se complementa con el de Diódoto. Entre ambos forman una especie de debate retórico sobre el papel de la retórica en la ciudad democrática imperialista en crisis. Sin retórica, caben los abusos personales, por falta de consejeros (III, 42-44); pero con ellos, existe el peligro de los personalismos. La *polis* necesita a los consejeros, pero sus discursos pueden dañarla. La propuesta de Diódoto, en el fondo, va en la misma dirección: que el consejero no se convierta en figura sobresaliente, ni en objeto de castigos (45, 5-6); ello induciría a «complacer» al *demos*. En parte, en el discurso de Diódoto se ven los problemas desde el punto de vista del orador (III, 43, 4-5), cosa que a Tucídides parece preocuparle, por ejemplo a la vuelta de la expedición a Sicilia (VIII, 1, 1). El proceso, en Tucídides, aparece sobre todo en el libro III: los tebanos se pronuncian contra los *λόγων ἀγῶνες* (III, 67, 6-7); *ὁ δ' ἀντιλέγων* en Corcira se hace sospechoso (III, 82, 5); los *φωλύτεροι* pasan a la acción por desconfianza de sus *logoi* (III, 83, 3). Es paralelo a lo que pasa en Atenas: la propuesta de Cleón es pasar a la acción y dejar el *logos*¹⁴⁷. Alcibiades aparece luego como capaz de «convencer» al *demos* y de *ἀντιλέγειν*. Era verdad en aquel momento, pero luego el *demos* no se mostró «convencido». En V, 69, 2, Tucídides parece compartir la actitud de los lacedemonios, que «saben» que es mejor la práctica (*erga*) que los *logoi*, lo que resultaría contradictorio con Pericles, que pensaba que antes de los *erga* tenía que haber siempre *logoi* (II, 50, 2). Pero los peligros también están presentes en el propio Pericles. En II, 59, 3, se define la existencia de una oposición interna caracterizada por la *apragmosyne* y la forma verbal *ἀνδραγαθίζεται* (63, 2), que prefiere desprenderse del imperio y que, según Pericles (II, 63, 3), causaría la destrucción de la ciudad si fuera capaz de convencer (*πείσαντες*). Los melios quieren evitar el discurso seguido para no ser engañados (*μη...ἄπατηθῶσι*) (II, 85); y en V, 89, se insiste en la duración de los discursos, poco digna de confianza (*ἄπιστον*)¹⁴⁸. En su apología (VI, 17, 1), Alcibiades reclama el mérito de haber actuado con los *logoi* y con entusiasmo (*ὄργῃ*). Luego explica cómo, en la situación conflictiva de Sicilia, cada uno intenta satisfacer sus ambiciones por medio de la persuasión (*λόγων*), o la *stasis* (17, 3): en la *stasis*, cada uno oye lo que le agrada (*καθ' ἡδονήν*) (17, 4). La lucha interior favorece la devaluación de la retórica, en la *stasis* se muestra su inutilidad (VI, 17, 4). Y para el propio Alcibiades, cuando se trata de la defensa de la ciudad, hay que hacerlo no por la palabra sino por la acción (*οὐ λόγῳ ἀλλ' ἔργῳ*). Sintetizando: la protección de la ciudad, en situación de *stasis*, lleva a la

¹⁴⁷ Cf. T. P. Wiseman, *Cleón's Cosmetics. Three Studies in Greco-Roman Literature*, Leicester Univ. Press, 1979, p. 27: Cleón ataca a los atenienses por tratar los asuntos políticos como un debate oratorio. Los discursos muestran ahora cómo se vacían los presupuestos morales: Macleod, *Reason...*, p. 72. El discurso sobre Mitilene, su similitud y diferencias con Pericles como índices de las vías que tomaron sus sucesores: D. Kagan, «The Speeches in Thucydides and the Mytilene Debate», *YCS*, 24, 1975, p. 93.

¹⁴⁸ El diálogo de los melios, en este aspecto, reflejaría las discusiones convencionales de la época: H. L. L. Hudson-Williams, «Conventional Forms of Debate and the Melian Dialogue», *AJPh*, 71, 1950, pp. 164-168. Sobre V, 69, 2, ver Adcock, *Th. and his Hist.*, p. 38.

defensa de la acción y al desprestigio de la retórica, postura que está en los «demagogos», pero que será asumida por los oligarcas para acabar con el *demos*. También Nicias, en Sicilia (VI, 68, 1), opina que es más fuerte la *paraskeuê* que los *logoi*; y luego (VII, 8, 2) escribe la carta a los atenienses por temor a la retórica: de que los enviados sean malos o faltos de memoria o quieran agradar a la multitud ($\tau\tilde{\omega}\tilde{\nu}$ ὄχλῳ); y en la misma carta (VII, 14, 4) se pone de relieve el peligro de decir las cosas claras, dado que los atenienses siempre quieren oír lo más agradable. Así no es posible el debate público. Otro aspecto importante es el caso de los aristócratas como Antifonte: excelente en decir lo que pensaba, pero no se presentaba ante el *demos* (VIII, 68, 1)¹⁴⁹. En la situación histórica de la ciudad, a lo largo de la guerra, el uso de la oratoria se ha hecho problemático.

Pero Tucídides no sólo ve el conflicto en que se encuentran los atenienses reflejado en el debate sobre la oratoria, sino que él mismo, ante la realidad, mantiene una actitud conflictiva, por lo que, al exponer los agones entre los personajes, no sólo refleja a su vez este conflicto, sino también su lucha consigo mismo¹⁵⁰ ante la realidad y ante la oratoria; por medio del debate refleja la conflictividad de la realidad, la conflictividad del uso retórico y su concepción conflictiva de la retórica. De ahí que, en determinados conflictos, sea para él preciso el uso de la antilogía¹⁵¹.

* * *

De la obra de Heródoto a la de Tucídides se nota un cambio de actitud historiográfica, que se corresponde con las transformaciones del mundo

¹⁴⁹ Plácido, De la muerte..., pp. 135-136, sobre la inhibición de la oratoria política de algunos sectores de la aristocracia.

¹⁵⁰ Wiseman, p. 28.

¹⁵¹ Cf. *supra*, p. 21. El discurso como medio de penetración en el análisis de las realidades políticas: los corintios y Pericles como análisis completo de la situación (I, 121, ss.: 141, ss.): R. Loriaux, «Les discours de Thucydide (I, 22)», *Ét. Class.*, 50, 1982, pp. 291-292. Como modo de alcanzar la universalidad por medio de la profundización y reflejar así la tensión entre libertad y necesidad propia del imperio: M. Vegetti, «Tucidide e la scienza della storia», en *Storia del pensiero filosofico e scientifico*, dir. por L. Geymonat, I, Milán, Garzanti, 1970=Canfora, *Erodoto...*, pp. 159, 164. Como instrumento interpretativo de la historia; búsqueda de la inteligibilidad cuando las cosas humanas aparecen articuladas y contradictorias: M. Marcucci, «Tyche e Storia: Note sul 'metodo' tucidideo come 'ipotesi retorica'», *DdA*, n.s. 3, 1981, 1, pp. 29-30. Como materia de investigación y forma de presentación del tema: Dover, p. 21; son los argumentos que necesitaba el orador para persuadir a sus oyentes, dada la situación, intereses e intenciones (p. 22); los griegos creían que el discurso era un elemento esencial, determinante de las decisiones (p. 23). Como epistemología, para que el lector pueda discernir: Hunter, *Past...*, p. 290; secuencia *erga-logos-erga*: V. Hunter, «Thucydides and the Historical Fact», *CJ*, 67, 1971, pp. 16, ss., sobre todo. Como memoria de la palabra pronunciada y su más alta representación ideológica; señala los puntos clave de la historia, la concreción de las líneas de conducta; su fidelidad se refiere a la eficacia del discurso, no a la literalidad: Lanza, pp. 56-57. El discurso como esencia misma de la reflexión histórica: Mazzarino, I, p. 11; la objetividad de Tucídides se encuentra en los discursos (p. 257); así se muestra cómo los motivos dispares son los componentes de la historia y reproducen el tejido de motivos ideales en que puede expresarse la acción (p. 258); *antilegein* como conciencia de crisis de los valores de la época (p. 318). Caracterización estilística de los personajes en D. P. Tompkins, «Stylistic Characterization in Thucydides: Nicias and Alcibiades», *YCS*, 22, 1972, 181-214.

griego en general y, más específicamente, de la sociedad ateniense. La guerra del Peloponeso, durante la que escriben al menos parcialmente, ha precipitado la evolución. Heródoto comienza a ver que el imperio ateniense, que garantiza la libertad del ciudadano como resultado de la lucha contra el bárbaro, al mismo tiempo que consolida la libertad de Grecia, también es fuente de problemas al crearse las condiciones para el dominio de unas ciudades por otras y por tanto para las luchas entre ciudades; Tucídides presencia las etapas sucesivas en que se pone en peligro la propia libertad del ciudadano como resultado de las luchas entre ciudades y de la crisis del imperio. El mantenimiento de éste se hace imprescindible para la conservación de la libertad, pero al mismo tiempo, la lucha por la conservación lleva a la propia destrucción. La conservación de la libertad se pone en peligro. El resultado temible de la derrota es la pérdida de la libertad del ciudadano. No es que Tucídides afirme el sistema esclavista¹⁵², sino que en su observación de la realidad refleja cómo el sistema esclavista, en la evolución experimentada durante la guerra, no puede conservar la forma clásica «imperialista», que permitió al *demos* la garantía de su libertad por medio del protagonismo político, sino que lleva a la dependencia del propio *demos*. Las aspiraciones del *demos* en estas condiciones son para él excesivas; es aceptable en cambio el sistema que limite las libertades del *demos*, recubierto con la capa teórica de que aquello es también un modo de preservar la colaboración de toda la ciudad. Lo que podía ser más o menos real en la época de Pericles, la colaboración de todos, quiere verlo Tucídides también en el sistema de los Cinco Mil. El temor predomina, pero no sólo el que provoca el imperio ateniense, sino también el que sienten los atenienses por la posible pérdida del propio imperio: su conservación se convierte en *ananke*, elemento básico en la concepción de Tucídides del proceso histórico.

Heródoto y Tucídides intentan transmitir una visión de la realidad, deformada por las propias condiciones de su época¹⁵³. Para ambos son similares, pero la evolución, al margen de la «personalidad» de cada uno, ha sido lo suficientemente intensa como para provocar un cambio importante. Ambos son testigos de un proceso, pero cada uno ve una parte diferente del mismo, y lo refleja tanto en el contenido como en su concepción historiográfica. La realidad de la época de Tucídides fue más dramática para la sociedad ateniense. Ello lo lleva a concentrarse y eliminar aspectos que hoy nos parecen importantes, pero también a dar una visión profunda del cambio y del conflicto de las sociedades que se encuentran detrás del proceso histórico aparente.

¹⁵² Canfora, *Storici...*, p. 33.

¹⁵³ Sobre el carácter «no histórico» de la obra de Tucídides, cf. N. Loraux, «Thucydide n'est pas un collègue», *QdS*, 12, 1980, sobre todo p. 71.